

BOLSILLOS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

BALA FUNDIDA EN ORO

Clark Carrados



SS

SERVICIO SECRETO



CLARK CARRADOS

BALA FUNDIDA EN ORO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.473

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.609 - El fuego de la venganza.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.466 - El escudo del asesino.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.058 - Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 - Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 - Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

626 - Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 - El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 - Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 - Contratados para morir.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

66 - Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

858 - Mi pistola, mi chica y yo.

En Colección COLORADO:

1.069 - Unidos por el odio.

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 26.152 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1978

Clark Carrados - 1978

Texto

© Salvador Fabá - 1978

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1978

CAPÍTULO PRIMERO

Los dos hombres habían trabajado de firme durante largo rato, bajo un sol de justicia. Por fin, la punta del pico que utilizaba uno de ellos tropezó con algo duro, cuando el hoyo que habían excavado alcanzaba ya casi dos metros de profundidad.

—Me parece que ya hemos llegado, Hank.

—Ya era hora, Seth. Nos ha costado casi tanto como sacarle al viejo el lugar donde tenía escondido su botín.

Seth cambió el pico por la pala y lanzó fuera un par de paladas de tierra. Una losa, de contorno cuadrado, de unos cincuenta centímetros de lado por cinco de grueso, quedó a la vista.

Debajo había un cofre de hierro, con refuerzos del mismo metal. Seth apoyó la espalda en la pared del hoyo.

—Estoy temblando como un chiquillo en la víspera de su cumpleaños —confesó—. Anda, Hank, tráeme una cerveza. Necesito tranquilizar los nervios o estallaré como un petardo.

Hank se echó a reír.

—Bueno, hemos esperado tanto tiempo, que no importa dejar pasar unos minutos más. Y yo también estoy un poco nervioso, ¡qué diablos!

El coche estaba a veinte pasos de distancia, a la sombra de uno de los pocos árboles que había en aquel desolado paraje. En el maletero tenían una nevera portátil, bien provista de bebidas frescas. Pero antes de sacar un par de latas de cerveza, Hank Deyes se acercó al árbol, situándose al otro lado, con relación al hoyo, separó un poco los pies y empezó a aliviar la presión de su vejiga.

En el hoyo, Seth contemplaba aquella losa que cubría el cofre, preguntándose cuál debía ser su objeto. Su hermano tardaba un poco y decidió adelantar trabajo.

Inclinándose, agarró la losa con ambas manos y la apartó a un lado. Entonces fue cuando supo para qué estaba allí.

Hank estaba subiéndose la cremallera de los pantalones cuando oyó el estampido. Un gigantesco chorro de humo y polvo brotó del hoyo, junto con fragmentos de lo que había sido un cuerpo humano. La caliginosa atmósfera del mediodía se llenó de un horrible olor a explosivo deflagrado y carne quemada por la explosión.

De no haber sido por el árbol, de tronco relativamente grueso, que absorbió la mayor parte de la onda explosiva, Hank habría caído por tierra. Aun así, durante algunos minutos, permaneció atontado, completamente aturdido, incapaz de comprender con la debida claridad lo que había sucedido.

Al cabo de un rato, empezó a reaccionar. Se apartó del árbol y vio cosas horribles: un brazo, con parte del tórax, vacío, el lado derecho del cuerpo, de la cintura hasta la punta del pie, un zapato con algunos jirones de carne del otro pie... Inevitablemente, tuvo que arquearse para vomitar.

Cuando se sintió un poco mejor, despachó dos cervezas de golpe, a fin de estabilizar su estómago. Seth, su hermano, había muerto y él sabía quién lo había hecho. Les había engañado miserablemente, enviándoles a aquella trampa en donde les aguardaba la muerte.

Blandió un puño coléricamente. «Me vengaré, Kenninger», clamó en silencio.

Por curiosidad, se acercó al hoyo, cuyas paredes tenían grandes manchas de color rojo oscuro. Del cofre no quedaban sino algunos fragmentos apenas reconocibles. En cuanto a su contenido... había hecho explosión. Allí no había el menor rastro de billetes de Banco.

Después de haber comprobado aquella amarga realidad, Hank Deyes hizo lo único que cabía —una tarea, por cierto, nada agradable—. Al terminar, el suelo estaba limpio de restos humanos y el hoyo relleno de nuevo.

El pico y la pala fueron a parar a una hondonada. Subió al coche, dio el contacto, arrancó, jurándose a sí mismo que Zoltan P. Kenninger no debía seguir vivo un minuto más de lo absolutamente necesario.

De pronto, sintió un escalofrío. Si su hermano Seth no le hubiese enviado a buscar una cerveza, él estaría también muerto. Entonces, el ansia de venganza se hizo aún mayor, absolutamente irresistible.

Zoltan P. Kenninger había sido un hombre muy aficionado a lanzar frases pomposas. Una de ellas, su favorita, podría decirse,

era: «A mí, ni una bala de oro podría matarme».

Con ello quería decir que se sentía invulnerable a las amenazas de sus enemigos, que los tenía y en gran cantidad. Aunque también tenía muchos amigos. Las personas imparciales, sin embargo, decían que no eran amigos, sino subordinados y que si estaban a su lado se debía a los grandes beneficios que obtenían de Kenninger. Pero, por la misma razón, aquellos amigos-subordinados eran su mejor garantía de protección.

Al menos, eso era lo que creía, hasta que alguien llegó hasta él y le metió una bala entre ceja y ceja.

El asesinato de Kenninger, como era de suponer, causó un gran revuelo. Todos los sabuesos de la Prensa, radio y televisión, se arrojaron a la caza de noticias sobre el suceso. El «rey del hampa» de Stackford había muerto y eso era «noticia».

Sobre todo, cuando, después de hecha la autopsia, el forense comunicó que la bala que había causado la muerte de Kenninger era de oro puro.

—¡Caramba! —exclamó Neil Turbolt al leer los periódicos—. Tan simpático y tan amable que estuvo conmigo cuando fui a visitarle...

Neil Turbolt era un joven de unos veintiocho años, de mediana estatura y algo miope, lo que le obligaba a llevar lentes, que se había hecho construir con cerco de oro, porque estimaba que así ofrecía una imagen de decoro y respetabilidad en su profesión. Iba siempre correctamente vestido y llevaba el pelo corto, sin las melenas y patillas corrientes hoy día y que habrían dado de él una imagen completamente errónea. A primera vista, parecía un vulgar chupatintas, pero pocos sabían de su habilidad para conseguir lo que deseaba... una vez vencía el momento inicial de timidez.

Porque Turbolt era muy tímido y se ponía colorado por la más pequeña nimiedad. Pero era también tenaz y resuelto en los asuntos de su profesión, y los directores de su empresa auguraban que llegaría a ocupar un día altos puestos en el «staff» de los ejecutivos. Lo cierto era que, tímido o no, Turbolt era el agente que más y mejores pólizas conseguía para la compañía de seguros en que trabajaba.

Al leer los periódicos, Turbolt recordó la entrevista sostenida con el «rey del hampa», a cuya casa, todo hay que decirlo, había

acudido con no poca aprensión. Un amigo común le había recomendado a Kenninger y Turbolt había recibido un buen día una llamada del poderoso personaje, invitándole a visitarle. Allí había firmado una de las mejores pólizas de su vida: ciento cincuenta mil dólares.

Por cierto, le había sucedido algo curioso. Tras concretar los detalles de la operación, había tropezado con algo y había caído, golpeándose en la cabeza, lo que le hizo estar casi veinticuatro horas sin conocimiento. Al despertar, Kenninger le hizo saber que le había atendido su propio médico, que había avisado a las personas de su entorno para que no se preocupasen por él y que podía quedarse en su casa todo el tiempo que el galeno dijese era necesario para completar la convalecencia.

Turbolt le había quedado muy agradecido por tantas atenciones, sobre todo, si pensaba en que, al despertar, conoció la noticia referente a la póliza de seguros, que Kenninger había firmado durante su inconsciencia. Al revisar su cartera de documentos, encontró allí, efectivamente, los referentes al seguro concertado, del que sería beneficiaría una tal Phyllis Sharbo, cuyos datos se indicaban en la misma póliza.

Turbolt recordaba asimismo el excelente humor de que Kenninger había hecho gala en todo momento. Incluso le había oído su frase favorita, al mencionar, como de pasada, la cantidad de enemigos que tenía en Stackford: «A mí, ni con una bala de oro me matan».

Y ahora, se dijo Turbolt, Kenninger estaba muerto.

La seguridad en su protección había sido una vana ilusión. Y, sí, había muerto por una bala de oro.

Turbolt meneó la cabeza y murmuró:

—¡Que Dios le haya perdonado!

Había leído el periódico mientras desayunaba y, al terminar, se levantó, revisó su cartera de documentos, se puso la chaqueta y el sombrero y salió de casa. Tenía una cita importante y estaba a punto de «caer» una póliza de un cuarto de millón. No podía permitirse el lujo de perder la comisión.

Días más tarde, el teniente Harston, de Homicidios, hizo una sensacional declaración a la Prensa:

—Sospechamos que el asesino puede ser Hank Deyes, un antiguo

secuaz de Kenninger. Hemos llegado a saber que su hermano Seth murió a consecuencia de una explosión, provocada por Kenninger, y hemos encontrado asimismo el lugar donde se produjo esa explosión, en donde se hallaban los restos putrefactos del cuerpo de Seth Deyes, que han sido identificados positivamente. También hemos llegado a saber que Hank juró vengar la muerte de su hermano, cosa que, como saben, llegó a realizarse.

—¿Quién les ha dicho tantas cosas, teniente? —preguntó uno de los periodistas.

—Perdone, amigo, pero nunca mencionamos el nombre de nuestros confidentes.

—¿Se sabe dónde puede estar Hank Deyes? —inquirió otro.

—Tenemos una pista y espero dar pronto con él.

—Hank, un bruto, lo mismo que su hermano. ¿Cree capaz a aquel de fundir una bala de oro?

—¿Es tan difícil? —replicó el teniente Harston—. Se toma un poco de arcilla, se hace un molde de una bala corriente, extraída de su cartucho, se mete luego ese trozo de arcilla en el horno...

—¿Lo ha hecho usted, teniente?

—Mi sueldo sólo da para balas de plomo, con envuelta de cobre y níquel —contestó Harston, provocando las risas de todos los presentes.

—En su opinión, teniente, ¿por qué empleó el asesino una bala de oro?

Harston se rascó la mejilla con el pulgar.

—Bien, yo diría que para satisfacción de su «ego» personal, aunque de esto les hablaría mucho mejor un psiquiatra. Pero no podemos dejar de tener en cuenta que se trataba de una bala de calibre muy pequeño, veinticinco centésimas de pulgada, que en Europa se llama, por el sistema métrico que emplean, de seis coma treinta y cinco. Ese proyectil mata igual que uno del calibre cuarenta y Cinco, pero se queda dentro del cerebro y eso es lo que quería el asesino precisamente: que se supiese que Kenninger había muerto por una bala de oro.

—En la residencia de Kenninger había servidumbre. ¿Nadie vio al asesino?

—Ese día, los sirvientes tenían libre.

—Kenninger no estaba nunca solo. Siempre, siempre, le

acompañaban sus guardaespaldas. ¿Es que tampoco vieron a nadie?

—Nash y Murdock estaban en una habitación contigua. Una pistola de calibre veinticinco no hace demasiado ruido.

—Pero en la casa había también mastines y no ladraron, lo que hubiese alertado a los guardaespaldas —objetó otro periodista.

—Señores, yo me limito a contar lo que sé hasta ahora. Cuando tenga más noticias, se las comunicaré. Pero hemos de tener en cuenta que Hank Deyes había trabajado para Kenninger y que conocía la residencia como la palma de su mano, y que los perros le conocían a él. Un mastín no ladra a un conocido, me parece.

—Entonces, seguirán buscando a Deyes.

—Hemos emitido una orden de busca y captura. Tenemos su fotografía y ha sido reproducida ampliamente en todos los pasquines. Esperamos encontrarlo muy pronto, con lo que, entonces, tendrán más «pasto» para sus lectores. Buenos días, caballeros —dijo Harston, dando así por finalizada la conferencia de Prensa.

CAPÍTULO II

Neil Turbolt empezaba a sentirse un tanto nervioso. Tenía la sensación de que le seguían.

Había hecho un par de visitas profesionales y, en cada ocasión, al salir de nuevo a la calle, había visto un coche grande, de color oscuro, en las cercanías del lugar en que se hallaba. Por un momento, se dijo que tal vez iba a ser objeto de un atraco, pero rechazó la idea casi de inmediato. Apenas llevaba cincuenta dólares en efectivo; aunque había tipos que asaltaban a la gente por la décima parte de aquella suma, no solían desplazarse en «Cadillac».

Subió al coche y regresó a su casa. Había finalizado ya la jornada de trabajo, de la que no había quedado descontento ni mucho menos. Turbolt vivía solo, en una pequeña pero elegante casita, situada en un barrio residencial. Una mujer iba todos los días a hacerle la limpieza y dejar el interior en orden. A veces, le dejaba una pierna de cordero o un pollo asado en el frigorífico. A Turbolt le gustaba mucho llegar a casa y comerse una tajada de carne asada, fría, con lechuga y tomate fresco, con el aditamento de una buena jarra de cerveza. Apenas fumaba, pero después de la cena solía encender un cigarrillo que saboreaba sibaríticamente.

Dejó el coche en el garaje, de puerta accionada por una célula fotoeléctrica y, por la puerta lateral, entró en la casa. El sombrero quedó sobre el perchero y la chaqueta fue al ropero que había junto a la entrada. Se aflojó el nudo de la corbata y se quitó los zapatos, sustituyéndolos por unas cómodas sandalias. Era demasiado pronto para cenar, así que sacó una cerveza del refrigerador y se dispuso a tomársela, porque el día había sido bastante caluroso. Entonces fue cuando llamaron a la puerta.

Turbolt se dispuso a abrir. Antes, miró a través de una ventana lateral. Entonces fue cuando vio el coche oscuro al otro lado de la calle, un poco más abajo.

Empezó a sentirse preocupado, pero la llamada se repitió y tuvo que abrir. Un hombre de unos cuarenta y tantos años apareció de inmediato en su campo visual.

—Hablo con el señor Turbolt, supongo —dijo el individuo, a la vez que abría una billetera—. Teniente Harston, de Homicidios —se presentó.

Turbolt arqueó las cejas, vivamente sorprendido por la presencia en su casa de un personaje que había adquirido cierta notoriedad, debido a los acontecimientos sucedidos en los últimos días.

—Sí, yo soy —contestó—. Pase, teniente, y dígame en qué puedo servirle. Ah, ¿quiere una cerveza? Acabo de llegar y pensaba tomarme...

—Gracias —sonrió Harston—. Bébasela sin complejos. Yo no quiero abusar; me engorda.

—Como quiera, teniente. —Turbolt tiró de la anilla—. ¿Qué desea de mí?

—Hace unos seis meses, aproximadamente, usted consiguió una póliza de seguros de Zoltan P. Kenninger.

—Sí, una magnífica operación, teniente. Pero ése es mi oficio.

—Lo sé. Hemos tenido noticias de que la póliza fue concertada a favor de una tal Phyllis Sharbo. ¿La conoce usted?

Turbolt meneó la cabeza.

—En mi vida he visto a esa dama. Sólo sé de ella lo que Kenninger quiso contarme. Estaba agradecido a la señora Sharbo y quería darle una muestra de su afecto, eso fue todo lo que llegué a saber. Oiga, ¿acaso sospechan de Phyllis Sharbo?

Harston sonrió ladinamente.

—Hemos de considerar todas las posibilidades —contestó.

—Teniente, yo leo los periódicos. Usted ha mencionado a Hank Deyes en más de una ocasión.

—Sí, pero la señora Sharbo va a percibir ciento cincuenta mil dólares. Kenninger era maduro y tenía la salud de un roble joven. Tuvo que hacerse un detenido examen médico, antes de que su compañía aceptara el riesgo que suponía la aceptación de la póliza de seguros.

—Muy cierto —admitió Turbolt.

—Al morir, Kenninger contaba cincuenta y tres años. Se le calculaban unas posibilidades de vida muy satisfactorias. La señora

Sharbo pudo considerar que era demasiado esperar a que Kenninger falleciera de muerte natural.

—Bien, pero yo no puedo darle más detalles, teniente. Si supiera algo, se lo diría, con mucho gusto, créame.

—Me lo imagino —sonrió Harston—. He tomado antecedentes sobre usted y sé que es una persona de toda confianza.

—Gracias, teniente.

—Ahora buscaremos a la señora Sharbo, puesto que tenemos su dirección, y hablaremos con ellas.

—Residía en Denver, Colorado, según creo recordar.

—Sí, pero ahora se halla ausente. No obstante, nos hemos puesto en contacto con la policía de Denver y hemos sabido una cosa muy interesante: la señora Sharbo trabajó en una joyería, hace algunos años.

—Oh, en tal caso... A veces, en las joyerías no se limitan a vender solamente, sino que elaboran joyas...

—Y se funden metales preciosos —dijo Harston significativamente—. Gracias por su cooperación, señor Turbolt —se despidió.

—Ha sido un placer, teniente.

Al quedarse solo, Turbolt corrió hacia la ventana.

Respiró aliviado: el coche no estaba allí.

Dos días más tarde, un cliente un tanto indeciso, retuvo a Turbolt más tiempo del corriente. Cuando terminó, el joven se sentía un tanto cansado, más psíquicamente que físicamente, de modo que, en cuanto vio un bar, se detuvo y entró a tomar una cerveza.

Un cuarto de hora después, volvió a salir. Era ya de noche, y, con gran sorpresa suya, se dio cuenta de que el coche no estaba en el lugar donde lo había dejado.

Turbolt lanzó una maldición y puso verde a los antepasados del ladrón. De pronto, lo vio cincuenta metros más adelante.

Alguien lo había movido, no cabía la menor duda. Pero, contento por haber recuperado algo que había perdido, no se detuvo a pensar en los motivos de aquel extraño suceso. Caminó con paso vivo y, de pronto, cuando llegaba a la altura de su coche, un sujeto salió del callejón inmediato.

—Entre y no haga el menor gesto para avisar a la policía —

amenazó el individuo.

Turbolt volvió la cabeza. El hombre tenía una navaja en la mano.

—¿Y para qué iba a avisar a la policía? —preguntó Turbolt, dándose cuenta de que el traslado del coche había sido hecho para situarlo frente al callejón del que había salido aquel sujeto malcarado.

—Porque me perjudicaría en tal caso y yo no quiero que me perjudiquen, ¿comprende?

—No. No entiendo nada en absoluto.

—Señor Turbolt...

—Me llamo Jones.

—No.

—Sí.

—Usted es Turbolt.

—¿Nos han presentado antes?

—¡Maldita sea! —El tipo de la navaja empezaba a impacientarse—. Entre de una vez en su coche.

—Éste no es mi coche.

—Yo le he visto bajar de ese automóvil. ¿Va a negarme que es suyo?

—Sí, porque lo había robado, pero ahora ya no quiero utilizarlo. El atracador se quedó con la boca abierta.

—Maldición, estoy viendo ahí su portafolios...

—¿Dónde? —preguntó Turbolt.

—Ahí, hombre, en el asiento delantero...

Era justamente lo que esperaba Turbolt: el asaltante hizo un gesto con la mano, para señalar la cartera que, efectivamente, estaba en el lugar indicado. Pero, instintivamente, utilizó la mano que sostenía la navaja, con lo que el arma se separó de su cuerpo.

Entonces, Turbolt utilizó el brazo izquierdo para separar aún más la navaja y disparó su puño derecho al estómago de su atacante. Se oyó un gruñido de dolor.

Turbolt repitió el golpe con increíble rapidez. La navaja cayó al suelo. El atacante, después de un par de resoplidos, se lanzó a la carga, pero sólo encontró el vacío.

—Estoy aquí —dijo Turbolt.

El hombre se volvió un poco. Un puño martilleó dos veces muy

seguidas su pómulo izquierdo, haciéndolo tambalearse. Luego, otro puño ascendió con demoledora potencia hacia su mandíbula.

Turbolt se chupó pensativa y sucesivamente los nudillos de ambas manos.

—Pues resulta que es verdad, que sé pelear —murmuró, alegre y satisfecho por haber salido con bien del trance.

Cuando daba media vuelta a la llave de contacto, el atracador se sentó en el suelo, completamente desconcertado. Aquel mequetrefe, que pesaba quince kilos menos que él, le había derrotado de un modo absoluto, sin paliativos. Parecía una presa fácil... pero sabía utilizar los puños. Y también las piernas. ¿Dónde demonios había aprendido a boxear aquel chupatintas? se preguntó, amargado y lleno de frustración por sentirse vencido.

El teniente Harston le llamó por teléfono dos días más tarde.

—Hemos encontrado a Phyllis Sharbo —dijo.

—Buena noticia —contestó Turbolt—. ¿Han sacado algo en limpio?

—Fue... amiga de Kenninger hace algunos años y rompieron los contactos, pero con afecto, sin rencor. Kenninger tenía buen recuerdo de ella.

—Ya, pero...

—Phyllis no ha sido. Tiene una coartada indestructible.

—Entonces, seguirán buscando a Hank Deyes.

—Sí, aunque es muy probable que haya otros sospechosos.

—¡No me diga! —se asombró Turbolt.

—Bueno, con usted me puedo confiar, porque sé que es un hombre discreto. Tengo la impresión de que Kenninger no murió sólo por venganza, aunque es un motivo que no debemos descartar en absoluto. Se trata de un asunto de dos millones de dólares.

—Teniente, no mencione más esa cifra o me dará un ataque al corazón.

Harston se echó a reír.

—Ya sé que parece increíble, pero tenemos nuestros confidentes, y hemos llegado a saber que Kenninger no era fiel del todo a la organización.

—¿Mafia?

—Por lo menos, algo parecido. Kenninger gobernaba el hampa en la ciudad y tenía que pagar ciertos «impuestos». Pero, al parecer,

había defraudado a ese particular ministerio de Hacienda y estaba reuniendo un capitalito, para retirarse a la vida privada. Centavo a centavo, dólar a dólar...

—Sí, un grano no hace granero, pero ayuda al compañero.

—Y en ese granero, que no sabemos dónde está, hay dos millones de dólares.

—Una cifra muy tentadora.

—Evidentemente. Bueno, no le quiero molestar más, señor Turbolt —se despidió el oficial de policía.

Turbolt colgó el teléfono y se quedó muy pensativo. ¿Dónde podría haber escondido Kenninger una suma tan enorme?

Al cabo de unos momentos, se encogió de hombros.

Era cosa de Harston, Kenninger y la gente del hampa. En aquellos momentos, a él le interesaba más la entrevista que tenía concertada para el día siguiente con una tal Anita Key, a la que había sido recomendado precisamente por el propio jefe de su departamento.

Y si su elocuencia y su habilidad servían para algo, al concluir el día habría anotado en su cuenta una póliza de ciento cincuenta mil dólares.

Por la mañana, cuando se disponía a salir, llamaron a la puerta.

Abrió. Una hermosa muchacha, de unos veintidós años, apareció ante sus ojos.

—Usted es Turbolt —dijo ella.

El joven parpadeó. Nunca había visto antes a la chica. Y le gustó, porque era muy atractiva, quizá no excesivamente bonita, pero la frescura propia de la juventud le confería un aspecto realmente encantador. El pelo, claro, los ojos entre grises y azules, la figura perfecta...

—Neil Turbolt, a su servicio, señorita —sonrió—. ¿En qué puedo servirla?

—Deseo hablar con usted —manifestó ella—. Soy Moira James.

Turbolt consultó su reloj de pulsera.

—Dispongo de muy poco tiempo —dijo—. Pero pase, por favor.

—Gracias.

Moira entró. Turbolt cerró la puerta y señaló una butaca.

—Estoy bien de pie —manifestó la chica—. Oiga, ¿sabe usted dónde está?

Turbolt parpadeó.

—Estoy en mi casa, naturalmente —respondió.

—No, hombre. Yo me refería al botín.

—El batín está en el dormitorio...

—¿Quiere burlarse de mí? —dijo ella, impaciente—. ¡Me refiero al dinero, hombre!

—Oh, el dinero... Palabra mágica, que enloquece a las muchedumbres... Dinero, corruptor de personas honradas y envilecedor de la moral y las costumbres... Dinero, sinónimo de Creso, el hombre más rico de la tierra en sus tiempos y lo que todos queremos imitar hoy... Dinero, palabra amada por los piratas y los honestos padres de familia... En los Bancos hay cantidades infinitas de dinero; pero en mi billetera, si busca, encontrará solo tres tristes trozos de trapacero trazado de truculento papel...

De pronto, Moira, furiosa, levantó la mano, como para abofetear al joven, pero se lo pensó mejor y contuvo el gesto.

—Usted se lo pierde —dijo agriamente.

—¿El dinero?

—No, la vida.

Y después de tan melodramática respuesta, Moira dio media vuelta y salió de la casa. El portazo que resonó como un estampido de pistola indicaba bien a las claras su estado de ánimo.

Perplejo, Turbolt se rascó la cabeza.

—Pues, Señor, en este mundo hay gente chiflada, pero pocos como esa muchacha —dijo a media voz.

CAPÍTULO III

Una doncella, elegantemente uniformada, le abrió la puerta. Con el sombrero en la mano izquierda y la cartera en la derecha, Turbolt la informó de que estaba citada a las tres en punto con la señora Key.

—Ah, sí, pase, ella le está aguardando. Por favor, deme su sombrero, señor Turbolt.

El joven se quedó mudo de asombro al observar el lujo de la casa. Muebles caros, un suelo espejeante, que parecía hecho con las mejores maderas del mundo, cuadros de indudable valor... Anita Key, se dijo, no era ciertamente una mendiga.

La doncella le hizo pasar a un saloncito de pequeñas dimensiones, elegantemente decorado. Casi en el acto, apareció una mujer.

—Puede marcharse, Elisabeth —dijo la recién llegada—. Yo atenderé al señor Turbolt.

—Sí, señora.

Turbolt seguía sin habla. Su jefe, al recomendarle a Anita Key, no le había hablado para nada de sus cualidades físicas. Turbolt había creído encontrarse con una cuarentona gorda y repleta de joyas y la mujer que tenía ante él no parecía tener siquiera treinta años. Aunque, bien mirado, sí los había cumplido, pero poseía el rostro y la figura de una muchacha de veinticinco años. El pelo, cuidadosamente peinado, era de color pajizo y el vestido que llevaba tenía un escote que casi no cubría nada de lo que debiera haber cubierto.

Anita le dio la mano y le hizo sentarse. Durante unos momentos, charlaron sobre el tema que había llevado a Turbolt a su casa. Ella manifestó sentirse muy interesada por el seguro, sobre todo, dijo, por si le sucedía algo, que su anciana madre no quedase desamparada. Ahora la tenía en una elegante residencia del sur de

la Florida, pero ella seguía pagando la pensión, merced a su trabajo, que no dijo en qué consistía. Si muriese, añadió, su madre quedaría en la más absoluta pobreza y quería evitarlo con la contratación de una satisfactoria póliza de seguros.

Turbolt contestó, a veces entrecortadamente, porque le abrumaba la hermosura de la señora Key, que ella estaba muy bien físicamente y que tenía vida para rato. Naturalmente, lo dijo con mejores palabras, de lo que ella pareció quedar muy satisfecha.

Luego discutieron los términos del contrato. Anita se sentó a su lado, para leer al mismo tiempo el documento. Turbolt sentía en su mejilla derecha el cosquilleo de los cabellos de color paja y percibía el intenso aroma que se desprendía del hermoso cuerpo de la señora Key. Una vez, ella se irguió ligeramente y su redondo seno izquierdo rozó la boca del joven, que se volvía en ese mismo instante. Turbolt se puso colorado como un tomate y se apartó un poco.

Al cabo de un buen rato de explicaciones, Anita dijo que había cometido un error imperdonable y se puso en pie.

—He debido ofrecerle algo de beber...

—Por Dios, señora, no se moleste por mí —dijo Turbolt.

—Al contrario, será un placer. Tengo un excelente coñac y quiero que lo pruebe.

Anita fue a una consola próxima y volvió a poco con la botella y la copa en las manos. Al dejar la copa sobre la mesita, tuvo que inclinarse. El tirante izquierdo de su vestido resbaló y el seno del mismo lado salió fuera.

Ella lo recogió con toda naturalidad, sin darle importancia a la cosa. Turbolt tragó saliva. Durante un segundo, había tenido ocasión de contemplar una redonda semiesfera, blanca, turgente, rematada por un copete de color fresa. Pero su cara estaba todavía más colorada.

Tomó el coñac en un par de tragos. Cuando viera al día siguiente a su jefe, le pediría más detalles de la voluptuosa señora Key. ¡Qué mujer!

La entrevista finalizó poco después. Turbolt dejó un ejemplar del contrato, al objeto de que ella lo estudiase a fondo. Anita le prometió darle una respuesta antes de una semana. Turbolt salió de la casa, flotando, como si estuviera entre nubes.

Aquella noche no había carne asada en la nevera y Turbolt no sentía el menor deseo de meterse en la cocina. A quinientos metros de su casa había un restaurante, pequeño, pero muy bien servido. Cenó, pensando en Anita Key. Era un hombre tímido, sobre todo con las mujeres, pero no le desagradaban en absoluto los contactos con el bello sexo, aunque, eso sí, solía ser siempre muy prudente en sus expansiones amorosas.

Después de cenar, con un palillo entre los dientes y el estómago agradecidamente satisfecho, salió del restaurante y emprendió el camino de vuelta a su casa, lentamente, sin prisas, disfrutando de la agradable temperatura de la noche. En aquellos momentos, era el único transeúnte en su calle.

Doscientos metros más adelante, vio a un hombre que caminaba en sentido contrario. La figura le pareció vagamente familiar, pero no le concedió mayor atención. De pronto, cuando el individuo estaba a unos diez o doce pasos, vio algo que brillaba en el suelo.

Parecía una moneda. Instintivamente, se agachó y, casi en el mismo instante, oyó un quejido ahogado.

Todavía inclinado, con la moneda en la mano, alzó la cabeza. El hombre que venía hacia él, se tambaleaba, con ambas manos en el pecho.

Antes de que pudiera hacer nada, oyó un gruñido a su izquierda, casi un grito:

—¡Maldición, has fallado! ¡Rápido, Barry!

Turbolt se enderezó. Detrás de él, un hombre cruzó la acera, en dirección a un automóvil negro que estaba parado a poca distancia. Durante unos segundos, Turbolt entrevió una pistola en la mano del individuo. Luego, el sujeto se metió en el coche, cuyo conductor lo hizo arrancar con un atronador rugido de su poderoso motor.

Turbolt se quedó con la boca abierta.

—Pero ¿qué está pasando aquí?

De pronto, oyó un gemido. Volvió la cabeza y divisó un cuerpo humano tendido en el suelo.

Lentamente, se acercó al caído. La luz de un farol cercano le dio en el rostro. Atónito, Turbolt reconoció al sujeto que había pretendido asaltarle días antes.

—Dios mío, usted...

El hombre levantó una mano.

—El... plano... Usted... —jadeó. De pronto, dobló la cabeza a un lado y se quedó inmóvil.

Entonces, aterrado, Turbolt vio la mancha de sangre que se extendía lentamente en la camisa del caído.

Súbitamente, oyó una voz en las inmediaciones:

—¡Aprisa, escape!

Turbolt giró en redondo. Moira James le hacía señales con una mano.

—Venga, hombre, no se entretenga...

El joven hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Mi deber es quedarme aquí hasta que llegue un coche patrulla.

—No sea tonto. Se ha cometido un asesinato...

—Lo sé, pero, sin embargo, no he oído ningún disparo.

—¿Es que no sabe lo que es un silenciador?

Turbolt abrió la boca. Fue a decir algo, pero, de súbito, vio que la chica, oculta entre las sombras, escapaba a todo correr. Entonces divisó en lontananza los chispazos de un coche de la policía.

El teniente Harston le ofreció un vaso de papel, con café caliente. Turbolt agradeció el gesto.

—No tengo nada que ver con el muerto... ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Al Paytin, un sujeto nada recomendable. Pero recibió la bala que, sin duda alguna, era para usted.

Turbolt dio un salto en el asiento.

—¿Para mí? —chilló—. ¡Pero si no tengo enemigos!

Harston apoyó las dos manos en la mesa y miró fijamente al joven.

—Usted ha dicho que Paytin mencionó un plano.

—Sí, lo dijo claramente. Pero fue todo lo que pudo hablar. Y yo no sé nada de planos ni cosa que le parezca. Oiga, mi profesión es la de agente de seguros...

—Lo sé, Turbolt, no me lo repita más. Paytin era uno de los enemigos de Kenninger, un tipo que se sentía defraudado en lo que pudiéramos llamar ingresos por negocios nada claros. ¿Está claro?

—Está claro que los negocios turbios no son nada claros —dijo el joven, sonriendo tímidamente.

Harston se pasó una mano por la cara.

—No me haga juegos de palabras —refunfuñó—. Usted estuvo

en casa de Kenninger.

—Ya se lo he dicho, para contratar una póliza...

—Y sufrió un accidente.

—Sí, tropecé, perdí el sentido y estuve sin conocimiento casi un día entero. Kenninger se portó maravillosamente conmigo, tengo que proclamarlo muy alto. Podría ser un *gangster*, pero yo no tengo la menor queja de su comportamiento.

—Quizá, entonces, le habló algo del plano...

—¿Qué plano?

—¡Caramba, Turbolt! Se trata de dos millones de dólares.

—¿Los busca la policía?

Harston soltó una maldición.

—En cierto modo, sí. Es dinero procedente de robos, extorsiones, chantajes, juego ilegal, drogas, prostitución...

—¿Huele?

—Apesta —dijo el policía crudamente—. Pero quizá usted no estuvo todo el tiempo sin sentido...

El joven se enfadó.

—Teniente, le aconsejo hable con el doctor Yale. Él fue quien me atendió durante todo ese tiempo y dos días más, hasta que me autorizó a volver a mi casa. Yo no sé nada de ese maldito dinero y menos de un plano. En todo caso, ¿por qué no le pregunta a Hank Deyes?

—Quisiera poder echarle la mano encima para preguntárselo —suspiró el policía—. Está bien, Turbolt, puede marcharse.

—Gracias, teniente.

—Pero tenga cuidado. ¿Se da cuenta de que el balazo que recibió Paytin era para usted?

—No me diga...

—Se agachó a recoger aquel medio dólar perdido y entonces fue cuando se produjo el disparo.

—Eso es absurdo, teniente.

—¿Por qué?

—Supongamos que yo sé algo del plano... Supongámoslo nada más, ¿eh? porque le juro por mi madre que lo ignoro todo. Bien, en tal caso, ¿qué sentido tendría matarme? Los muertos no hablan, ¿verdad? Eso es lo que se dice siempre, me parece.

Harston pareció quedarse cortado. Turbolt recobró su sombrero

y caminó hacia la salida.

—Busque a Hank —recomendó, como despedida final.

Cuando llegó a su casa, se sentía cansado y deprimido. Eran ya más de las dos de la madrugada, una hora desacostumbrada para él, hombre de hábitos regulares. Por fortuna, al día siguiente era sábado y no tendría que madrugar.

Se preguntó si podía ser cierto que el asesino de Paytin había querido matarle a él en realidad. ¿Y qué hubiera conseguido con ello? ¿Cerrar una boca que no podía comprometer a nadie en absoluto?

Resultaba absolutamente incomprensible.

Sólo había una cosa fácil de entender. Sin desearlo, se había mezclado en un asunto de dos millones.

Y dos millones de dólares era mucho dinero para que algunos no sintieran la tentación de apartar, de cualquier forma y sin escrúpulos, cualquier obstáculo, todos los obstáculos que les impidieran llegar hasta aquella fortuna.

Como había salido a pie de su casa, el teniente Harston, al menos, había tenido la gentileza de poner a su disposición un coche de patrulla. Al llegar frente a casa, se apeó, dio las gracias al conductor y cruzó la suave pendiente de losas irregulares de granito, que estaban flanqueadas por el césped del pequeño jardín. Entonces, al acercarse a la puerta, una sombra se destacó de las tinieblas.

—Buenos días —dijo Moira alegremente.

CAPÍTULO IV

—Estoy cansado —refunfuñó Turbolt, mientras insertaba la llave en la cerradura.

—Sólo serán cinco minutos —prometió ella.

—Está bien —se resignó el joven—. Entre. Calentaré café y así hablaremos con más tranquilidad.

—Gracias, Neil —dijo Moira con todo desparpajo—. Oiga, tiene una casa muy bonita.

—Me gusta vivir bien —contestó Turbolt, mientras se encaminaba hacia la cocina—. No soy derrochador, ni frívolo y, aunque aprecio mucho el dinero, no lo amontoño avariciosamente.

—Eso está muy bien, me parece una forma muy sensata de pensar.

Turbolt llegó a la cocina, preparó la cafetera y encendió el fuego. Luego, sacó un pañuelo, se quitó los lentes y empezó a limpiarlos, tras arrojar un poco de vaho a los cristales.

—Bueno, empiece ya —dijo—. ¿De qué se trata?

—De dos millones de dólares, Neil.

—¡Y dale! ¿Cómo he de decirle que no sé dónde está ese dinero?

—Pues yo creo que sí...

—¿En qué se funda para creer una tontería semejante?

—Por ahora, permítame que calle.

—Claro, no le voy a echar las manos al cuello para obligarle a hablar. Sin embargo, querría hacerle una pregunta.

—Adelante, Neil.

—¿Qué interés tiene usted en los dos millones de dólares?

—A mí sólo me interesa la cuarentava parte.

Turbolt respingó.

—¿Cincuenta mil?

—¡Premio! —exclamó ella alegremente—. Es usted toda una computadora viviente.

—Sólo quiere cincuenta mil de dos millones...

—Se los sacaron a mi hermana y voy a recobrarlos, cueste lo que cueste. Le hicieron una indignidad, ¿sabe?

—No, no sé nada.

Ella suspiró.

De pronto, se acercó a Turbolt y le echó los brazos al cuello.

—¿De veras no sabe nada mi nenito querido? —dijo mimosamente.

Atónito, Turbolt echó el cuerpo hacia atrás, pero tropezó con el borde del fregadero. Ella aumentó la presión.

—Vamos, monín, cuéntale todo a tu chica bonita...

Turbolt se sentía estupefacto por la increíble actitud de Moira. Pero, al mismo tiempo, percibía contra su pecho la rotundidad de los jóvenes senos de la muchacha, el calorcillo de su vientre, el contacto de los muslos duros y firmes y el aliento que se desprendía de aquella boca de rojos labios.

Reaccionó.

Moira lo notó y dio un salto hacia atrás, al mismo tiempo que lanzaba un chillido:

—¡Neil!

Bajó la vista y se puso una mano en la boca.

—Oh, no creí que...

—¿No creíste qué...? —dijo él malhumoradamente—. Puedo tener un aspecto vulgar, corriente... pero soy y reacciono como un hombre. ¿O es que pensaste que, además de tonto, era también marica?

Moira enrojeció vivamente.

—Neil, por favor —dijo.

—Será mejor que te largues —indicó él—. A menos que prefieras verme desnudo bajo la ducha de agua fría que estoy necesitando.

Apagó el hornillo y se encaminó hacia el cuarto de baño.

—Cierra cuando salgas —gritó, mientras se aflojaba el nudo de la corbata.

—Maldita estúpida —rezongó, cuando ya corría sobre su cuerpo los chorros de agua fría—. Con esas tonterías, me ha puesto como un toro.

Pero, en cierto modo, se alegraba de ello. Así, Moira había podido darse cuenta de que era todo un hombre.

Por la mañana, al día siguiente, estuvo en la cama hasta más de las diez. Había pensado pasar el fin de semana pescando, pero no tenía ganas de madrugar y recorrer más de doscientos kilómetros, para llegar a un sitio que estaría atiborrado de pescadores con sus ruidosas familias. Seguramente, se dijo, habría más anzuelos que peces y pasarse dos días en un lugar lleno de ruidos, mujeres chillonas y críos alborotadores no era precisamente una perspectiva agradable. Últimamente, estaba empezando a pensar muy seriamente en cambiar de ambiente para sus fines de semana. No era un búho, pero tampoco le agradaban las multitudes demasiado espesas.

Al cabo de un rato, se levantó y, tras el aseo consiguiente, se preparó algo que era mezcla de desayuno y almuerzo. Tras el jaleo de la víspera, el barrio había vuelto a su tranquilidad habitual, más acentuada todavía si se pensaba que la mayoría de los habitantes se habían marchado al campo.

En la parte de atrás había algunos trabajos que hacer. Así se le pasó el resto de la mañana y, hacia las dos, se tomó una cerveza y se tumbó en una hamaca, para echarse una siestecita. Una hora más tarde, oyó el suave tañido de la campanilla de llamada.

Todavía un poco sumido en el agradable torpor del sueño, se levantó a abrir. Una mujer, de aspecto espectacular, tan sofisticada como la protagonista de una comedia de alta sociedad, apareció ante sus ojos. El perfume que despedía era tan intenso, que le extrañó no ver las oleadas de gas aromático en torno a su cuerpo.

—El señor Turbolt, supongo —dijo ella.

—Sí, señora.

—Soy Phyllis Sharbo.

Turbolt abrió la boca un poco.

—Usted es...

—Sí, la beneficiaria del seguro que el pobre Zoltan hizo a mi favor. ¿Puedo pasar, señor Turbolt?

—Claro. —El joven hizo un ademán—. Entre, señora. ¿Desea algo de beber?

—No, muchas gracias. —Phyllis miró a derecha e izquierda—. Tiene usted una casa muy bonita, señor Turbolt.

—Es usted muy amable, señora. ¿En qué puedo servirle?

—Bien, no sé cómo decirle... Usted sabe, puesto que es el agente

que realizó la firma, que Zoltan deseaba dejarme algo si le sucedía... lo que le sucedió.

—Sí, aunque entonces ni me dio a entender que estuviese en peligro de muerte. Pero si quiere saber algo más, temo que no podré ayudarla, señora Sharbo. Yo solamente soy agente de seguros y mis clientes no me confiesan demasiados datos de su vida privada.

«Te he visto venir, guapa: a ti te interesan los dos millones de dólares», pensó Turbolt.

Phyllis suspiró largamente. Debajo del vestido crujieron algunas costuras hacia la parte del pecho.

—Sí, ya me lo imagino —contestó—. Pero es que, aparte del seguro, Zoltan pensaba dejarme algo más. Tuvo que mencionarle mi nombre, ¿no es cierto?

—Certísimo, señora Sharbo.

Ella hizo aletear unas pestañas espesamente decoradas en negro.

—Por favor, amigo mío, llámeme Phyllis. Yo le llamaré por su nombre, Neil, si me lo permite.

Turbolt hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Con muchísimo gusto, Phyllis. Siga, se lo ruego —contestó.

—Como decía antes, Zoltan pensaba dejarme algo más que la póliza de seguros. ¿No le oyó nada sobre el particular?

—Lo siento. El señor Kenninger la mencionó solamente a usted y dijo que lo hacía por motivos de agradecimiento personal, aunque no especificó cuáles fueran los motivos. Oiga, ¿es que no hay un testamento? Quizá en él la mencione a usted...

—No, no hay testamento. —Ella volvió a suspirar y Turbolt se dio cuenta de que quería hacer resaltar sus hermosos senos, de los que se veía un buen trozo por el escote del vestido—. En fin, si no sabe nada, es inútil que siga aquí... No sabe cuánto lamento haberle molestado, Neil.

—Al contrario, ha sido un placer. Yo sí que lamento no haber podido serle de más utilidad.

Phyllis le dirigió una cálida sonrisa.

—Usted no es casado, ¿verdad?

—No, señora... digo, no, Phyllis...

—Pues para vivir solo en una casa, la veo muy ordenada, todo recogido en su sitio...

—Es que tengo una asistenta que viene a diario.

—Oh, comprendo. Y también he podido darme cuenta de que tiene un gusto exquisito en la decoración. Esa figurilla que hay sobre la consola, por ejemplo, es encantadora.

Turbolt se preguntó adonde querría ir a parar aquella mujer con lo que le parecía una charla insustancial. Claro que, bien mirado, Phyllis, cuya edad calculó en un par de años superior a la suya, tenía sobrados atractivos para enloquecer a un hombre.

—Está bien, Neil —dijo ella—. Antes de marcharme, quiero agradecerle lo que hizo por mí. —Abrió el bolso y sacó un fajo de billetes—. Soy mujer que sabe reconocer los favores —añadió.

Turbolt respingó.

—¡Phyllis! Lo que hice fue porque es mi profesión. Usted no me debe nada.

—Insisto, Neil...

El joven rechazó con las dos manos el puñado de billetes que le tendía su hermosa visitante. Ella le miró, sonriendo de una manera especial. Las manos habían quedado unidas.

Phyllis hizo cierta presión con los dedos. Turbolt sintió que se le aceleraba el ritmo circulatorio. Enrojeció, pero contestó con una presión análoga.

Ella dio un paso adelante.

—Me gustaría verte sin los lentes —dijo de pronto.

—Sí. —Turbolt se los quitó y los lanzó sobre el butacón más cercano—. ¿Qué te parezco ahora?

—Terriblemente atractivo —murmuró ella con ardiente acento—. Temo haber cometido una incorrección ofreciéndote dinero, cuando tengo algo mejor para agradecerte ese favor...

Se acercó otro poco. Turbolt llevaba solamente la camisa y sintió en su pecho el cálido contacto de los senos femeninos. Su timidez desapareció como por encanto. Phyllis no protestó cuando rodeó su cintura con los brazos ni cuando buscó su boca.

Tampoco formuló ninguna protesta cuando la llevó de la sala al dormitorio y allí mismo empezó a desnudarla. Phyllis se dejaba hacer mansamente, disfrutando del placer de ver que las manos del hombre la despojaban de todas sus prendas, una por una. Finalmente, se tendió en la cama y se ofreció sin remilgos. Turbolt pensó que era una ocasión como pocas y decidió aprovecharla al máximo.

Mucho más tarde, ella, todavía tendida en el lecho, le hizo una petición:

—Querido, tráeme el bolso, por favor. Tengo allí mis cigarrillos...

—Oh, hay aquí —exclamó Turbolt, volviéndose hacia la mesilla de noche.

—No, sólo fumo de los míos. Anda, tráeme el bolso.

—Está bien.

Turbolt se levantó y buscó su bata. Ella se echó a reír.

—¿Te avergüenzas de estar desnudo, después de lo que ha pasado?

—Pues... bien mirado, no dejas de tener razón. —Turbolt lanzó una alegre carcajada, tiró la bata a un lado y fue a la sala, para regresar momentos más tarde.

—Si te parece, iré a preparar algo de beber —dijo, después de entregarle el bolso.

—Una copa no sienta nunca mal, después de cierta clase de ejercicios —contestó Phyllis maliciosamente.

Turbolt fue al bar y puso *whisky* y cubitos de hielo. Cuando volvió, Phyllis estaba sentada en la cama, apoyada sobre las almohadas, con un cigarrillo encendido y el bolso a su izquierda.

Le entregó un vaso y levantó el suyo.

—Chin-chin —dijo.

Ella repitió la fórmula. Luego dejó el vaso y el cigarrillo a un lado.

—¿Tienes novia, Neil?

—No, ni soñarlo.

—Pues... debieras tenerla.

—Estoy bien así, no te preocupes.

—Oye, ¿qué representa aquel cuadro? —exclamó ella súbitamente.

Turbolt se volvió, dando la espalda a la mujer. El cuadro era una litografía, con un buque de vela, navegando con todo el trapo desplegado. Un segundo después, oyó un leve chasquido.

CAPÍTULO V

Turbolt sonrió, mientras se volvía hacia su huésped.

—¿Necesitas gafas y no las usas por coquetería? Es un barco de vela...

Phyllis tenía el encendedor en una mano y el cigarrillo en la otra.

—Sí, tengo que graduarme la vista —admitió. De pronto, guardó el encendedor y tiró el cigarrillo—. Ven, Neil.

Turbolt se acercó de nuevo a la cama.

—Te ha gustado —dijo, inclinándose hacia ella.

—Eres todo un hombre —murmuró Phyllis, a la vez que le cogía la cabeza con ambas manos.

Anocheecía casi, cuando Turbolt sujetó el broche del sostén. Phyllis terminó de vestirse por sí sola, se retocó un poco la cara, arregló el pelo con un cepillo y se encaminó hacia la puerta.

—He pasado una tarde maravillosa —dijo al despedirse—. ¿Volveremos a vernos algún día, querido?

—Siempre que me avises con tiempo, me quedaré aquí el fin de semana, en lugar de irme a pescar.

Phyllis le acarició la mejilla.

—Adiós, Neil.

—¡Adiós, Phyllis!

Salió taconeando a lo largo del sendero de losas que conducía a la acera. Turbolt cerró la puerta y se acercó a la ventana contigua.

Phyllis caminó escasamente diez pasos por la acera. De pronto, un hombre surgió del tronco de un gran olmo y se acercó a ella. Turbolt frunció el ceño. ¿Se trataba de un asalto?

Pero Phyllis y el hombre parecían conocerse. Turbolt no le podía ver bien la cara, debido a que quedaba en la sombra causada por la luz del farol que había a sus espaldas. Sin embargo, pudo darse cuenta de que discutían con cierta violencia.

Súbitamente, el hombre metió la mano en el interior de su chaqueta y sacó un revólver. Turbolt se quedó helado.

Phyllis chilló, a la vez que levantaba instintivamente el bolso, como si buscara protección. El arma detonó cuatro veces. Phyllis dio media vuelta sobre sí misma y cayó de bruces.

El asesino se inclinó, abrió el bolso y extrajo algo de su interior. De pronto, lo lanzó al suelo con un gesto lleno de rabia.

Se oyó el alarido de una sirena policial. El asesino, visiblemente contrariado, dio media vuelta y echó a correr hacia un coche que tenía estacionado en las inmediaciones.

Turbolt contemplaba la escena con ojos muy abiertos. La sangre que manaba de las heridas de Phyllis corría ya en regueros de color escarlata hacia la calzada.

—De modo que estuvo en su casa toda la tarde —dijo el teniente Harston, quien se sentía terriblemente encolerizado, porque el crimen cometido le había obligado a abandonar a su familia, en pleno *week-end*. De haberse tratado de otro caso, lo habría dejado en manos de sus subordinados, pero cuando alguien relacionó el nombre de Neil Turbolt con el del teniente, el aviso se realizó casi automáticamente.

—Bueno, sí, ¿y qué? —respondió el joven—. Soy soltero y no estoy comprometido con nadie. Ella vino, hablamos un poco... y luego nos fuimos a la cama.

—Pues, la verdad, me da envidia —refunfuñó Harston, que ya llevaba dieciocho años de casado y tenía cuatro hijos—. La vida, hoy, es para los jóvenes... —De pronto, se dio cuenta que se desviaba de la cuestión y maldijo entre dientes—. ¿Vio la cara del asesino, Turbolt?

—No. Tenía un farol a la espalda. Además, estaban junto a uno de los olmos del paseo. Posiblemente, era algún pretendiente que se sintió desdeñado, ¿no le parece?

—Quizá. Óigame si vio algún detalle más del tipo.

—Era corpulento, desde luego, más alto y pesado que yo. Vestía ropas oscuras o lo parecían, dada la hora... Si hubiese llevado traje de verano, se lo habría notado, por supuesto.

—También hay trajes de hilo de colores oscuros —gruñó Harston—. Bien, pero ¿por qué fue esa mujer a su casa?

—Bueno, dijo que quería darme las gracias por lo de la póliza...

La cosa se lió y acabamos...

—¿Qué póliza, Turbolt?

—La de Kenninger, claro.

—¿Es que esa mujer tenía algo que ver con Kenninger?

—¡Naturalmente! Era Phyllis Sharbo.

Harston dio un salto en su asiento.

—¡Turbolt, no me tome el pelo! —gritó.

—Pero si le estoy diciendo la verdad, teniente —protestó el joven.

—Esa mujer no era Phyllis Sharbo. Tengo aquí su documentación. —Harston blandió una billetera—. Aquí lo dice con toda claridad. Se llamaba Betty Welles.

—Turbolt se quedó atónito.

—Pero, ella me dijo...

—¿Es que no se le ocurrió comprobarlo?

—¡Cómo! Oiga, ¿iba a pedirle yo la documentación?

—Se trata del asesinato de Kenninger, Turbolt.

—¡Al diablo con Kenninger! —dijo el joven furiosamente, pérdida su timidez habitual—. Yo no tenía por qué pedirle la documentación. Simplemente, me dijo que se llamaba Phyllis Sharbo y yo la creí. Cuando estuve con Kenninger, para concertar la póliza de seguro, él se limitó a darme los datos corrientes en esta clase de asuntos: nombre, edad, residencia... Pero no me enseñó ninguna fotografía ni me dijo si era rubia o morena o...

—¡Basta! —cortó Harston, no menos malhumorado que su interlocutor—. Este caso va a dar al traste con mi salud mental.

—Pues si eso le ocurre a usted, que es profesional, ¿qué será de mí, nada acostumbrado a estos jaleos? —se lamentó Turbolt.

La puerta del despacho se abrió de pronto. Un oficial de uniforme entró y dejó algo sobre la mesa de su superior.

—No se puede sacar nada —dijo—. Dos proyectiles destrozaron ese aparatito por completo, incluyendo la película, que ha quedado hecha polvo.

Turbolt miró atónito lo que había sido encendedor de la muerta.

—¿Eso es... una cámara? —dijo.

—Una micro cámara, con apariencia de encendedor —contestó Harston—. Cuando los patrulleros que intervinieron en el crimen lo encontraron junto al cadáver de la víctima, lo recogieron y lo

enviaron a mi despacho. Yo lo hice llevar al laboratorio y ahora tengo la respuesta. No se podrá utilizar la película para ver qué imágenes había grabado Betty Welles.

—Vaya, nunca me hubiera imaginado una cosa semejante. Por supuesto, yo vi que lo utilizaba una vez, pero encendió el cigarrillo verdaderamente.

—Claro que tuvo que encenderlo. De otro modo, se haría sospechosa en el acto. Pero, en alguna ocasión, tuvo que sacar alguna fotografía, cosa que nos habría ayudado muchísimo, si hubiéramos podido revelar la película. Sin embargo, los dos proyectiles han destrozado por completo cámara y película, con lo que perdemos una pista que podía habernos resultado de gran utilidad.

—Lo siento, teniente —dijo Turbolt—. ¿Puedo irme ya a casa?

—Sí —accedió Harston fatigadamente—. Váyase.

—Gracias.

El joven se puso en pie.

—Oiga —exclamó de pronto—, el asesino de Betty, ¿no podría ser Hank Deyes?

—Podría ser, pero si fue, está muy bien escondido, porque todavía no hemos podido dar con él. ¿De veras no dijo nada Betty sobre los motivos que le habían llevado a casa de usted?

Turbolt sonrió amargamente.

—No lo dijo, pero me lo figuro. Fue a causa de dos millones de dólares. ¡Por todos los diablos! —barbotó súbitamente—. Aquí hay gente que cree que yo sé algo de particular sobre el asunto y eso no es cierto, ¿me comprende, teniente?

Harston le miró con simpatía.

—Tómese una tableta de sedante y así podrá dormir mejor —aconsejó.

Esta vez, no se sorprendió de ver a Moira James surgir de las sombras y acercarse a la puerta.

—Has tardado, Neil —dijo ella, en tono de reproche.

—Estaba de juerga con los amigos y lo pasábamos bomba —contestó él.

—Con los chistes del teniente Harston, ¿verdad?

Turbolt metió la llave en la cerradura.

—Ya sabes lo ocurrido, me imagino.

—La vi morir, Neil. Fue horrible.

Turbolt se sobresaltó ligeramente.

—Entonces, habías estado espiándonos —dijo, después de encender la luz de la sala.

—Lo admito, Es más, vi cómo la ayudabas a abrocharse el sostén.

—Si sólo viste eso, puedo contarte lo que pasó antes Con todos los detalles, si es de tu gusto.

—Gracias, no me interesan los relatos eróticos.

Turbolt buscó el *whisky* y los cubitos de hielo.

—¿Por qué me espiabas? —preguntó.

—Ya te lo dije. Quiero recobrar los cincuenta mil dólares de mi hermana.

—Betty Welles vino también por algo parecido, pero fracasó, y no lo digo porque fuese asesinada, sino porque yo ignoro en absoluto todo lo que se refiere a esa suma de dinero.

—¿Has dicho Betty Welles, Neil?

—Sí, exactamente.

—Pero yo oí que decías Phyllis en el momento de la despedida...

—Es que entonces yo creía que se llamaba así. En Jefatura me han sacado de mi error. Ella se presentó como Phyllis Sharbo y yo no iba a exigirle la documentación.

—Es extraño —murmuró la chica—. Parece como si hubiera más gente interesada en el asunto.

—¿Más gente? Lo extraño es encontrar personas que no se interesen por esos dos millones —contestó él sarcásticamente. Bebió un buen trago y añadió—: Soy un simple agente de seguros, bueno, competente, eficaz, con excelentes perspectivas, pero alguien me ha tomado por una cosa muy distinta. Y eso no me gusta, Moira. Te lo digo por la parte que pueda tocarte, ¿entiendes?

—Yo soy sincera, Neil —se defendió ella.

—Y yo también. —De pronto, Turbolt se volvió hacia la muchacha—. ¿Qué es lo que te hizo suponer que yo podía saber algo de los dos millones de dólares?

Moira vaciló.

—Escuché una conversación.

—¿Dónde?

La chica remoloneó un poco.

—Mi hermana oyó algo —dijo, insegura.

Turbolt la miró oblicuamente.

—Se trata de un individuo llamado Nathan Chambers. Francamente, no sé qué tendrá que ver con todo este asunto, pero sé que sabe algo.

—Y ese tal Chambers, naturalmente, fue el que te dijo que yo conozco el paradero de los dos millones.

—No exactamente...

—Moira, demonios, ¿por qué no te dejas de evasivas de una vez y hablas claro? —exclamó él, muy irritado.

—Será mejor que me marche —contestó la chica bruscamente.

Turbolt la agarró por un brazo.

—Estoy empezando a desconfiar de ti —dijo.

—Pues haces muy mal, porque no encontrarás en Stockford otra persona tan sincera como yo.

—¡Je! —rió Turbolt agriamente—. ¿No puedes contarme otro cuento?

—Neil, por favor, suéltame.

Los dedos de Turbolt se abrieron.

—Al menos, dime dónde vive ese tal Chambers.

—Calle Treinta y dos, mil cuatrocientos ochenta y siete.

—¿Has hablado con él?

—No. Estaba de viaje.

—Muy bien, el lunes intentaré verle yo.

—¿Me dirás algo? —preguntó Moira ansiosamente.

—Ven el lunes por la tarde y, según tu comportamiento, será el mío.

Ella lanzó un hondo suspiro.

—Te aseguro que si no fuese por mi hermana...

—Oh, tiene siete hijos menores de diez años, un marido en paro, borracho, disoluto y ella, además, está en una silla de ruedas. ¡Qué cuadro tan rebosante de aflicción! ¿Verdad?

—Neil, no te burles de mí. A ella le había costado mucho reunir ese dinero y los esbirros de Kenninger le hicieron una marranada.

—¿Está casada tu hermana?

—Claro...

—Entonces, ¿por qué no se sinceró con su esposo? Si él la quiere, habría perdonado...

—Cuando le exigieron el dinero, dijo que no daría un centavo y que se lo contaría todo a su marido. Ellos se rieron y la amenazaron con dejarla viuda, ¿comprendes?

—¿Ellos? ¿Tienes idea de quiénes puedan ser?

—Dos tipos muy altos, de cara fúnebre... Estaban siempre con Kenninger, menos en el momento de su muerte.

Turbolt pensó inmediatamente en los dos tipos que le habían seguido durante algunos días. Sería interesante hablar con ellos, se dijo. Pero ¿dónde estaban?

—Muy bien —sonrió—. Puedes irte. Vuelve el lunes por la tarde.

—O.K., Neil.

Moira abrió la puerta.

—Empiezas a caerme simpático —dijo.

Turbolt hizo un ligero gesto de aquiescencia. Al quedarse solo, fue al dormitorio. Se detuvo en el umbral.

La cama estaba aún desordenada. Todavía flotaba en el ambiente un ligero perfume. Turbolt se sintió melancólico. No hacía ni ocho horas, había estado allí una mujer, llena de fuego sensual... y ahora yacía sobre las frías losas de la Morgue.

¿Por qué había tomado Betty Welles la identidad de Phyllis Sharbo?

Suspiró y empezó a desnudarse. Quizá le habría resultado mejor irse a pescar, se dijo al apagar la luz.

Durante el día, realizó su tarea con normalidad. Cerca de mediodía, en una de sus visitas, halló que estaba muy cerca del domicilio de Nathan Chambers. Orientó hacia allí su automóvil, buscó un lugar para estacionarse y se apeó.

Caminó unos cuantos pasos más. De pronto, se detuvo estupefacto.

El número que le había indicado Moira correspondía a una tienda de tatuajes, la cual, según se podía apreciar, estaba cerrada. Sobre la puerta había un cartel de LOCAL POR ALQUILAR.

Apretó los labios.

—Moira se ha burlado de mí —maldijo entre dientes.

Y se prometió que a la tarde, cuando fuese a su casa, le organizaría un buen escándalo.

No obstante, reflexionó un poco y llegó a la conclusión de que, aunque Chambers hubiese cesado en el negocio, podía tal vez

conocer su paradero actual. Debajo del cartel figuraba la dirección y el teléfono del agente de fincas, situado no muy lejos de la casa.

Momentos después, recibía una información sorprendente.

—Pero ¿es que no lo sabía? Chambers fue asesinado hace algunas semanas —dijo el agente de fincas.

—No suelo leer demasiado la página de sucesos —sonrió el joven.

—Pues, sí, le pegaron dos tiros... No se supo quién lo había hecho, porque encontraron el cadáver al día siguiente, cuando, al ver que no abría su negocio, llamaron a la policía. Chambers murió durante la noche, es todo lo que puedo decirle. Si supiera dónde vive Joe Garrity...

—¿Quién es ese Garrity?

—El ayudante de Chambers. En realidad, era el que hacía la mayor parte del trabajo, sobre todo, cuando se trataba de clientes que deseaban tatuajes complicados. Chambers andaba ya muy mal de la vista, ¿sabe? Pero yo no le puedo decir dónde vive Garrity...

Turbolt salió a la calle, invadido por una tremenda perplejidad. ¿Qué había tenido que ver un tatuador profesional con dos millones escondidos Dios sabía dónde y con la muerte de Kenninger?

—A la noche, Moira tendrá que ser más explícita o le daré una buena zurra —masculló, mientras se acercaba a su automóvil.

De pronto, cuando iba a abrir la portezuela, vio otro coche parado a poca distancia, veinte metros escasos detrás del suyo.

Había dos individuos en el asiento delantero, quietos, silenciosos, inmóviles como estatuas. Repentinamente, Turbolt se sintió muy furioso.

Era un hombre tímido y apacible, pero las cosas tan extrañas que le sucedían estaban despertando en él sentimientos desconocidos o, por lo menos, dormidos y aún ignorados por sí mismo. Miró a su alrededor y, de pronto, divisó a unos cien metros, al otro lado de la calle, un solar vallado.

Inspiró con fuerza. Era preciso acabar con aquel problema.

Pisando firme, se acercó al otro coche. Sus ocupantes le miraron sorprendidos.

—Sígueme —dijo imperativamente.

Y, sin mirar hacia atrás, dio media vuelta y se encaminó hacia el solar.

CAPÍTULO VI

Había un trozo de valla derrumbado por el lado opuesto. Turbolt entró y aguardó pacientemente.

Segundos después, oyó pasos. Los dos sujetos aparecieron ante sus ojos.

Eran bastante parecidos en la complexión: altos, delgados, fornidos y de rostro nada amistoso. Pero Turbolt les había perdido el miedo y se encaró con ellos, con las manos en los costados.

—¿Por qué me siguen? —preguntó.

No hubo respuesta. Los dos tipos seguían mirándole en silencio.

—¿Es que no tienen lengua para responderme?

—Será mejor que se vuelva a casa —dijo uno de ellos.

—Sí, márchese.

—No quiero. Antes de irme, ustedes van a decirme por qué me siguen... o se atenderán a las consecuencias.

Los dos sujetos cambiaron una mirada de burla.

—El enano es todo un gallito —dijo uno de ellos, que tenía una cicatriz sobre la ceja izquierda, que la partía en dos mitades casi iguales.

—Valiente, sí, señor —comentó el otro.

—Dos contra uno pueden ganar. Uno por uno, no les tengo miedo en absoluto —dijo Turbolt, a la vez que se quitaba los lentes, que fueron a parar al bolsillo de la chaqueta. Ésta, a su vez, quedó en el suelo, convenientemente plegada—. Vamos, ¿cuál de los dos quiere ser el primero?

—Anda tú, Jack —dijo el de la cicatriz.

—Con mucho gusto, Kurt.

Jack se quitó también la chaqueta. Turbolt se colocó en la posición clásica para iniciar un combate de boxeo.

—¡En guardia!

Jack se echó a reír y descargó un golpe con todas sus fuerzas.

Pero, atónito, observó que su puñetazo se perdía en el vacío. Al mismo tiempo, notaba un dolor lancinante en el costado izquierdo.

Atacó de nuevo. No pudo colocar un solo golpe. Turbolt tenía un juego de piernas maravilloso y contraatacaba con singular astucia, a pesar de su inferior envergadura. Alcanzó dos veces seguidas el pómulo derecho de Jack, con sendos golpes de izquierda, conectó uno a su plexo solar, cerró el ojo izquierdo de un tremendo *uppercut* y, finalmente, disparó un gancho a la mandíbula. Jack se puso rígido y cayó hacia atrás como un fardo.

El de la cicatriz se sentía pasmado. Antes de que pudiera reaccionar, Turbolt se le echó encima. Kurt gruñó y bramó. Turbolt era como un mosquito: picaba continuamente, pero no se dejaba tocar. Nunca estaba en el mismo sitio y él, lo mismo que su compinche, recibía constantemente golpes muy dolorosos en el tórax y en la cara. Al fin, vio las estrellas y supo que, al igual que a Jack, le había tocado la hora del K.O.

Turbolt maldijo entre dientes, mientras se chupaba los nudillos. Recobró la chaqueta, se puso los lentes y abandonó el solar.

Al otro lado había una tienda de licores. Cruzó la calle, compró una botella de *whisky*, regresó al solar, vertió parte del contenido sobre las ropas de los dos sujetos y la dejó sobre el suelo. De nuevo abandonó el solar. Veinte segundos más tarde, divisó un coche de patrulla.

—Eh —dijo a sus ocupantes—, ahí, al otro lado de la valla, hay dos tipos durmiendo la mona.

Los patrulleros le miraron con suspicacia.

—¿Y qué hacía usted al otro lado de la valla? —preguntó uno.

—Eliminar líquidos —respondió Turbolt con desenvoltura. Y siguió su camino.

Volvió la cabeza un instante más tarde y sonrió. El coche de la policía retrocedía para situarse frente a la brecha. Silbando alegremente, llegó a su automóvil y abandonó el lugar.

Aquella noche y las tres siguientes, aguardó en vano a Moira.

La muchacha no daba señales de vida. Turbolt se dijo que no valía la pena seguir pensando en ella. Entonces, inesperadamente, recibió una llamada de Anita Key.

—¿Puede venir mañana, a las cuatro de la tarde, señor Turbolt?

—Con muchísimo gusto, señora Key.

La doncella le recibió con traje de calle, lo que le dijo se disponía a salir. Instantes después, Anita salió a su encuentro, con un traje tan escotado o más que el que llevaba el primer día.

—Es usted muy puntual, amigo mío —dijo, tendiéndole la mano. Turbolt se puso colorado.

—En todas las profesiones, pero, sobre todo en la mía, la puntualidad es la madre del éxito, señora Key —respondió.

Ella sonrió suavemente, a la vez que entornaba los párpados, hábilmente maquillados.

—Venga al gabinete, por favor.

Turbolt la siguió, con el portafolios en la mano. Al llegar a la salita íntima, ella se encaminó hacia la mesa de los licores.

—¿Le gustó aquel coñac?

Turbolt cerró los ojos un instante, para evocar la visión de un seno de perfectos contornos.

—Sí, es realmente exquisito.

Ella se volvió, ya con la copa en la mano. ¿Qué ocultaba la parte superior del vestido? se preguntó Turbolt. Prácticamente, nada.

Tomó un sorbo y dejó la copa a un lado.

—Respecto a la póliza de seguros... —empezó a decir.

—Por favor —cortó Anita—, si le parece, hablaremos luego de este asunto. Antes, dígame, ¿está contento con su oficio?

El joven respingó.

—Pues... no puedo quejarme —contestó.

—Debe de conocer a mucha gente, ¿verdad?

—Sí, se conoce a muchas personas.

—Y no todas agradables.

—A veces, se encuentran personas muy agradables.

—¿De veras?

Anita dio un paso hacia adelante. Turbolt se ruborizó.

—Sí... sí, señora...

—Dígame, ¿cómo me encuentra a mí?

—Pues... atrae... atractiva... fa... fascinante...

—¿Le gusto?

Turbolt retrocedió. Empezaba a presentir una aventura. Aquella hermosa mujer se sentía quizá muy solitaria, abandonada por un esposo que se ocupaba solamente de los negocios. Pero ¿tenía esposo?

Tragó saliva.

—Se... señora...

Anita rió suavemente.

—Vamos, no tema —dijo—. No soy un dragón, me parece.

—Oh, claro...

—¿Por qué no dice sinceramente lo que siente?

—Bu... bueno, e... es que yo...

De pronto, Anita elevó sus manos y le quitó los lentes.

—Me gustas más así —dijo.

—Señora, por favor...

Anita volvió a sonreír y le quitó la chaqueta.

—Hay tiempo de sobra para hablar de negocios —murmuró.

—Le ruego que...

—Neil, ¿tienes miedo de las mujeres?

—De alguna, señora Key.

—Me llamo Anita, Neil.

—Su... su esposo...

—Soy divorciada.

—Oh...

—Lo que significa una libertad total. Y soy muy muy ardiente, Neil.

La corbata cayó al suelo. Los dedos de Anita, rematados en diez uñas rojas como la sangre, empezaron a desabrocharle la camisa.

—Tú también podrías hacer algo, Neil —invitó, seductora—. No me opondré a que me imites.

Turbolt cerró los ojos un momento. ¿Debía ceder a la irresistible tentación que representaba aquella hermosa mujer?

Su torso quedó al aire. Anita se echó a reír.

—Puesto que no lo haces tú, lo haré yo.

Y, de golpe, se bajó la parte superior del vestido.

Turbolt volvió a tragar saliva.

—Ma... maravilloso...

—Son dos, Neil —dijo ella maliciosamente, a la vez que adelantaba los senos, redondos, espléndidos, invitándole a que los acariciase con las manos.

Hubo un instante de silencio. Luego, Turbolt se decidió y abrazó a la mujer. Anita le echó los brazos al cuello.

—Querido —suspiró ardorosamente.

De repente, brilló un cegador fogonazo.

Durante una fracción de segundo, Turbolt se sintió muy sorprendido. Pero su aspecto físico era engañoso. La rapidez de sus reacciones mentales solía asombrar siempre a los que no le conocían bien.

En la fracción de segundo siguiente, ya se había soltado de Anita y corría hacia la puerta, que empezaba a cerrarse. Con la mano izquierda, tiró hacia sí, haciendo trastabillar al fotógrafo, al impedirle cerrar. Luego saltó hacia él y le dirigió un tremendo izquierdazo al hígado.

El hombre se dobló, con la agonía retratada en sus facciones. Turbolt le envió un formidable gancho a la mandíbula. Dos brazos se abrieron y una cámara con su *flash* voló por los aires.

Turbolt se agachó inmediatamente. La cámara era de revelado instantáneo y sacó la placa impresionada, que rasgó en mil pedazos. Con ellos en la mano, se volvió hacia la dueña de la casa.

—¿Dónde está el baño?

Anita, todavía desnuda de la cintura para arriba, le miraba casi con terror. Apenas si pudo mover una mano.

—A... allí...

Los restos de la fotografía, fueron al sumidero. Turbolt hizo correr el agua, hasta que vio que no quedaba un solo fragmento de la placa. Luego regresó al salón.

El fotógrafo continuaba dormido. Turbolt dio un par de saltos sobre la cámara y la destrozó a taconazos. Luego se inclinó sobre el caído.

Tenía en las manos un rollo de cinta adhesiva, que había encontrado en el cuarto de baño. Un minuto más tarde, el fotógrafo estaba atado de pies y manos y con la boca tapada.

Al terminar, se irguió y miró a Anita, que aún no había salido de su asombro.

—Y ahora, sigamos la tarea interrumpida —dijo, acercándose a ella con la expresión que le pareció sería la de un tigre hambriento.

—Oh... Neil, me das miedo... —exclamó Anita.

—Todavía no me conoces bien. ¿Dónde está el dormitorio?

Anita suspiró.

—Por allí —extendió un brazo de mórbidos contornos.

Turbolt se sentía como un feroz conquistador.

—Vamos —dijo. Y tiró de su mano, haciéndola saltar al moverse de su sitio.

Cuando ya iban a entrar en el dormitorio, se volvió hacia ella.

—Te hubiera hecho un chantaje, ¿comprendes?

—Sí. —Anita entornó los párpados—. Debíó de entrar subrepticamente...

—Ahora no nos molestará, te lo aseguro.

Anita no dijo nada cuando aquel impetuoso joven la despojó del resto de su indumentaria. Pero unos minutos después, no pudo evitar un largo quejido de placer.

CAPÍTULO VII

A pesar de haber disfrutado de los innegables encantos c: Anita, una mujer que era la voluptuosidad personificada, Turbolt no se sentía contento.

El chantajista había sido echado a puntapiés. Anita había manifestado no tenía deseos de complicarse la vida con una investigación policial. Pero Turbolt, a pesar de lo agradable de ciertos momentos, presentía que la póliza de seguros no se concertaría jamás.

Cuando entró en la casa, oyó ruidos en la cocina.

—¿Quién está ahí? —gritó.

—Has tardado, Neil —contestó una mujer.

Turbolt arrojó el sombrero y la cartera a un lado.

—¿Qué diablos haces en mi casa, Moira? —preguntó instantes después.

—Ya ves, la cena —sonrió ella, sin mirarle siquiera—. Anda a lavarte las manos; estará lista dentro de cinco minutos.

—Espera un momento...

—Primero, llenar el buche —atajó ella con firmeza.

Turbolt elevó los brazos al cielo. Luego se aflojó el nudo de la corbata y fue al baño.

Minutos más tarde, estaba sentado frente a la mesa. Moira vino con una fuente que ofrecía un aspecto muy apetitoso.

—¿Cómo has entrado en mi casa? —Gruñó él.

—Por la puerta de atrás, naturalmente. Me cansé de esperar, probé... y me fui a la cocina. —De pronto, Moira arrugó la nariz—. Usas un perfume muy femenino, Neil.

—Me gustan los perfumes femeninos. ¿Dónde has estado todos estos días?

Moira le llenó el plato.

—Dicen que mi nariz es respingona, pero, a veces, capta cosas

que no percibiría una nariz aguileña —contestó—. El asunto está en un plano, Neil.

—Sí, el plano del tesoro —dijo él, riendo con deliberado estrépito—. ¿Cómo en las películas de piratas... «Sangre, muerte, degollación... y la botella de ron»?

De pronto se puso serio.

—Oye, puede que tengas razón —añadió.

—La tengo —contestó ella sin inmutarse.

—Aquel tipo... quiero decir Al Paytin, mencionó un plano cuando agonizaba...

—Para esconder dos millones de dólares, un plano parece una solución muy lógica, ¿no crees?

—Sólo hasta cierto punto, Moira.

—¿Por qué?

—Imagínate que eres tú la que escondes el dinero. Puesto que sabes dónde está, no necesitarás ningún plano.

—Verdad —admitió ella—. Pero, imagínate también, que me sintiera en peligro de muerte. ¿No dejaría alguna indicación para que alguien pudiera aprovecharse de ese tesoro? Incluso podría esconderlo de una forma tan complicada, que necesitaría luego un plano para recordar con exactitud el punto dónde está guardado ese dinero.

Turbolt hizo una mueca.

—Posiblemente. El caso es que yo no sé nada de ese plano —manifestó—. Ah, y el tal Chambers que mencionaste, está muerto.

—¿Cómo?

—Le pegaron dos tiros hace algunas semanas.

—¡Jesús!

—Tiene, tenía un ayudante, Joe Garrity, pero nadie sabe dónde está. Además, ¿qué diablos podía saber un tipo como Chambers de esos dos millones?

—En tiempos, fue un gran amigo de Kenninger. Aún lo eran, a pesar de la disparidad de sus situaciones personales.

—En tal caso, lo mataron porque era su amigo. —De pronto, Turbolt puso los codos sobre la mesa—. Y ahora, suéltalo —pidió.

—¿Qué suelte qué, Neil?

—Lo que has averiguado estos días.

Moira suspiró.

—Nada.

Turbolt se puso en pie y extendió el brazo.

—Sal de mi casa —ordenó.

Ella se sofocó.

—Pero... Neil...

—¡Sal, o te echo!

Moira arrojó la servilleta sobre la mesa.

—Está bien, si lo prefieres así, me iré —contestó malhumoradamente—. Pero luego no te quejes...

—No sólo no me quejaré, sino que daré un par de volteretas, apenas te haya visto salir por esa puerta.

En silencio, la muchacha se puso su sombrero, una especie de casquete, con alas muy recortadas, y recobró su bolso.

—Adiós, Neil.

—Adiós, Moira.

Los tacones de la muchacha repiquetearon vivamente. Llegó a la puerta, la abrió y dio un paso hacia atrás.

—Oh —exclamó, aterrada.

Había dos individuos bajo el dintel. Uno de ellos empuñaba una pistola con silenciador. El otro, puso su índice entre los senos de Moira y la hizo retroceder.

—Adentro, guapa.

La puerta se cerró segundos después. Sobrevino un denso silencio.

Turbolt estaba en pie, junto a una consola. Se sentía muy sorprendido, porque aquellos tipos no eran los que había dejado aparentemente borrachos en el solar. Pero, apenas vio la pistola, se dio cuenta de que, uno por lo menos, había intervenido en el asesinato de Paytin.

Probablemente, el mismo que empuñaba el arma y con ella misma.

—Sólo queremos saber una cosa —dijo el de la pistola.

—¿Cómo dice?

—Queremos saber una cosa...

—Oiga, ¿no eran ustedes los guardaespaldas de Kenninger?

—Sí —contestó el sujeto, un tanto sorprendido—. Tiene usted buena memoria, Turbolt.

—¿Cómo dice? Tengo un fuerte resfriado de oídos y no oigo

bien.

—Que tiene un... Bueno, eso es lo de menos ahora... —
Entonces, ustedes son Barry Nash y Hado Murdock.

—Sí.

—Grite, no le oigo y no sé leer por los labios.

—¡Sí, lo somos! —vociferó Nash—. ¿Dónde están los dos millones?

—¿Los sillones? Ahí, hombre. ¿Es que no los ve?

—¡He dicho millones, estúpido!

—Ah, bueno, millones... En el Banco, claro...

De pronto, Murdock adelantó un par de pasos.

—Barry —dijo.

—¿Sí, Hado?

—Será mejor que nos lo llevemos. Aquí no podemos hacer las cosas a gusto.

—Tienes razón —contestó Nash—. ¿Y la chica?

—No podemos dejarla en la casa.

—Oigan, ¿van a secuestrarnos? —gritó Turbolt.

Nash se echó a reír.

—Lo ha adivinado, amigo.

—Ah, nos dejan en la casa...

—¡No, idiota! —chilló el pistolero—. Ahora mismo se van a venir con nosotros...

—¡Moirá, dicen que quieren llevarnos con ellos!

—¡Eso no puede ser! ¡Es ilegal! —protestó la muchacha. Nash agitó la mano derecha.

—¡Ésta es la ley! —bramó.

—¡Una pistola con silenciador! —dijo Turbolt, admirado—. Nunca había visto antes ninguna. ¿Me permite...?

Nash alargó la mano derecha un instante, como si fuese a dejar el arma a Turbolt, pero reaccionó en el acto.

—Hombre, sólo faltaría eso —dijo—. Dejarle mi pistola, para que me pegue cuatro tiros...

—¿De veras no quiere dejarme la pistola?

—No. Y basta ya de cháchara. Vámonos o perderé la paciencia...

—Oigan, antes de salir, ¿no querrían tomarse una copita con nosotros? —dijo Turbolt, cortés.

—Sí, yo mismo les serviré —exclamó la muchacha. No Sabía qué

pretendía Turbolt, pero pensó que debía seguirle la corriente.

—¡Basta, basta ya! —clamó Murdock—. Hemos de irnos ahora...

—¡Nos van a matar, Moira! —gritó el joven.

—¡Asesinos! —les apostrofó la muchacha a voz en cuello.

Murdock se hartó y sacó un revólver, sin silenciador.

—¡Terminemos de una vez! —aulló—. Estoy harto ya de tantas dilaciones...

—¿Dice que va a rezar oraciones? —preguntó Turbolt—. Pues a mí me parece que un revólver no es lo más adecuado para rezar.

Nash se pasó una mano por la cara.

—Empiezo a temblar —dijo—. Esto es superior a mis fuerzas. —De súbito, apuntó el cañón de su pistola a la frente del joven—. ¡Vámonos ya de una maldita vez!

—Está bien. —Turbolt pasó el brazo izquierdo sobre los hombros de la muchacha—. Si estos tipos nos van a asesinar, al menos moriremos juntos, con la sonrisa en los labios y una canción en el corazón. ¿Tienes miedo, Moira?

—Espantoso, pero, a tu lado, la muerte me parecerá la gloria.

—Sí, vamos a la gloria. —Turbolt dio un paso hacia adelante, pero se detuvo y miró a Nash—. Un último favor —pidió.

—Sí.

—¿Cómo? ¿No quiere hacer un último favor a dos condenados a muerte?

—He dicho que sí —rugió el pistolero—. ¿De qué se trata?

—No sean crueles con nosotros. Acaben de un disparo, ¿eh?

—Venga ya —gruñó Murdock, a la vez que empujaba a la pareja hacia la puerta.

Nash abrió y se echó a un lado. Turbolt y la muchacha salieron juntos. El brazo masculino había bajado ahora al esbelto talle de Moira.

Murdock y Nash salieron tras ellos. Apenas habían dado unos cuantos pasos, se encendieron una serie de reflectores.

Un megáfono emitió un potente bramido:

—¡Están rodeados! ¡No tienen escapatoria!

Turbolt se lanzó a un lado rapidísimamente, empujando a la muchacha. Moira chilló.

Los pistoleros, desconcertados, se volvieron a todas partes. Murdock emitió una rabiosa blasfemia y movió la mano.

Nash intentó escapar. Había matado a un hombre y sabía lo que le esperaba, si lo atrapaban. Alzó la mano y disparó hacia uno de los focos, intentando apagarlo.

Turbolt cubrió con su cuerpo a la muchacha. Hubo una tempestad de fogonazos rojos y estampidos. Sonaron gritos de agonía. Luego, el megáfono emitió una orden:

—¡Alto el fuego!

Turbolt se arriesgó a elevar la cabeza un poco. Murdock yacía a cuatro pasos de distancia, de bruces, con el brazo derecho extendido y el revólver aún en la mano. Un poco más allá, Nash, sentado sobre los talones, se oprimía el estómago con las manos.

Los policías corrían hacia él. De pronto, Nash emitió un ronco sonido y cayó de costado al suelo.

Un coche de la policía se detuvo de pronto, con gran chillido de frenos y gomas que se quemaban contra el asfalto. El teniente Harston se apeó y corrió hacia el jardín. Dos agentes ayudaban a levantarse a la pareja.

—Querían llevárselos para asesinarlos, teniente —informó uno de los guardias.

Harston echó el sombrero hacia atrás y puso las manos en las caderas.

—Otra vez en líos, ¿eh, Turbolt?

El joven le miró serenamente.

—No por mi culpa —dijo.

—Oí las llamadas por radio —manifestó Harston—. Turbolt, ¿cómo consiguió poner a todas las patrullas en movimiento?

—Se hizo el sordo —contestó Moira.

—¿Cómo? —Harston les miró con aire desconfiado—. No entiendo nada.

—Cuando ellos entraron, descolgué el teléfono sin que se dieran cuenta —explicó el joven—. Marqué el número de la policía y luego procuré que gritasen mucho. Yo también gritaba, con el pretexto de un catarro de oídos.

Harston lanzó una mirada a los dos cuerpos que yacían por el césped. Luego volvió sus ojos hacia Turbolt.

—Parece tonto, pero no lo es —sonrió.

—No, no lo soy —contestó el joven, picado—. ¿Podemos volver a casa?

—Claro. Les acompañaré —dijo Harston—. Hay muchas cosas que necesito saber... por ejemplo, los motivos que tenían esos dos tipos para darles un paseo por algún lugar solitario.

Moirá temblaba todavía de cuando en cuando. Turbolt preparó unas copas. La muchacha bebió, sujetando la suya con las dos manos. Harston aceptó la bebida, tras una ligera vacilación.

—Turbolt, usted sabe algo de los dos millones —acusó, después de un buen trago.

CAPÍTULO VIII

Sobrevino un espacio de silencio. Turbolt vació su copa y luego se encaró con Harston.

—Teniente, si un juramento sirve para algo, traeré mi Biblia y juraré que no sé absolutamente nada de esos dos millones de dólares —dijo al cabo—. Admito que algunos creen que lo sé, pero están equivocados, eso es todo.

Harston pareció impresionarse mucho por aquellas palabras.

—Bien, puede aceptarse su versión, pero, como dice, algunos creen que lo sabe —respondió—. Y tienen motivos para ello.

—¿Por qué?

—Sufrió un accidente en casa de Kenninger, ¿no?

—Sí, y estuve casi veinticuatro horas sin conocimiento.

—Supongamos que el accidente fuese provocado.

—No, me caí...

—¿Está seguro? No sólo por relatos de otras personas, sino por experiencia propia, sé que se pierde absolutamente la memoria de lo que sucede uno o dos segundos antes de perder el sentido. A usted pudieron golpearle y luego, cuando despertó, decirle que se había caído.

Turbolt se quedó parado un instante.

—Muy bien —dijo al cabo—. Puede que sucediera así, como dice. Yo recuerdo que el salón de la casa de Kenninger está dividido en dos planos y que hay una escalera con seis peldaños para ascender del nivel inferior al superior. Recuerdo que me invitó al bar, que estaba en el punto más alejado de la entrada, es decir, en el fondo del plano superior y que puse el pie en el primer escalón. Ya no sé más, teniente.

—¿Dónde recibió el golpe?

Turbolt se tocó la sien derecha.

—Aquí —dijo.

—Entonces, no se hable más. Alguien le golpeó por detrás. Y usted ha creído siempre lo que le dijeron: se cayó y su cabeza chocó contra el borde de uno de los peldaños.

—Pues sí, eso es lo que me dijeron al despertar... pero, en tal caso, ¿qué objeto tendría engañarme de esa forma, si luego me atendieron maravillosamente? Kenninger, sobre todo, estaba desolado y no regateó medios para que yo me sintiera bien.

—Pero estuvo veinticuatro horas sin conocimiento.

—Sí.

—Un golpe como el que recibió, sólo muy raramente provoca una pérdida de sentido tan larga. A usted lo mantuvieron bajo narcosis.

Turbolt respingó.

—Diablos, no...

—¿Por qué iban a hacerlo? —se asombró Moira.

Harston se volvió hacia ella.

—Señorita, la narcosis sirve, entre otras cosas, para introducir o extraer informaciones de la mente humana, que rechazaría o no facilitaría, en circunstancias ordinarias.

—Entonces... Kenninger me hizo partícipe de su secreto... —Se aterró Turbolt.

—Empiezo a considerar muy seriamente esa posibilidad —respondió el policía con grave acento.

—¿Yo, narcotizado? Pero ¿por qué yo precisamente?

—Para mí, hay una razón muy simple. Usted era un personaje neutral en el entorno de Kenninger, un hombre honesto, sin la menor relación con sus negocios, sucios o limpios, un hombre, en fin, del que no cabía sospechar. Lo que sucede es que la noticia de lo ocurrido no se pudo mantener en el secreto que deseaba Kenninger.

—Empiezo a pensar que es así —gruñó el joven.

—Por tanto, la situación del tesoro, está en su cerebro...

—¡Oiga, Harston, yo siempre he oído hablar de un plano!

—Sí, pero casi da lo mismo. Usted sabe dónde está ese plano, porque tiene la información guardada en el inconsciente. Si logra recordarlo, encontraremos el plano y éste nos llevará a los dos millones.

—Hay una solución para que Neil nos diga dónde está el plano

—terció Moira súbitamente.

Los dos hombres se volvieron en el acto hacia la muchacha. Ella, lentamente, añadió:

—Un psiquiatra con dotes de hipnotizador.

Harston chasqueó los dedos.

—¡Claro, es la solución ideal! —exclamó—. ¿Acepta usted, Turbolt?

El joven remoloneó un poco.

—Bueno —accedió al cabo—, así me veré libre de este compromiso. Pero ¿quién va a hipnotizarme?

—En la policía tenemos un buen psiquiatra —contestó Harston—. Ha conseguido resultados verdaderamente notables.

—¿Con los criminales?

Harston emitió una risita de circunstancias.

—No comment —respondió, malicioso—. Bien, yo hablaré luego con el doctor Steyn y le llamaré a usted mañana, para indicarle la hora en que debe acudir a su despacho. Por supuesto, esta noche, dejaré aquí un agente para que vigile la casa.

—No es mala idea —dijo Turbolt, muy aliviado.

Harston se marchó a los pocos momentos. Turbolt se sirvió la segunda copa, con aire muy pensativo.

—¿No te agrada la solución que he propuesto? —le preguntó la muchacha.

—Sí, aunque hay algo que no acabo de entender.

—¿De qué se trata, Neil?

—Si yo conozco el lugar dónde está escondido el plano y puedo decirlo, bajo ciertas condiciones, ¿a quién he de informarle? Porque una cosa es evidente: Kenninger no situó esa información en mi subconsciente de una forma gratuita. Alguien, algún día, tiene que saber dónde están esos dos millones. ¿Quién es?

Moira enseñó las palmas de sus manos.

—Lo siento, no se me ocurre ningún nombre —respondió—. Pero seguramente, saldrá a relucir cuando te hipnoticen.

—Es posible. —Turbolt sonrió—. ¿Has pasado miedo?

—Muchísimo —confesó ella—. Pero debo decir que no entendía al principio por qué gritabas tanto. Luego me di cuenta de que alguien nos estaba escuchando... ¿Cómo no lo advirtieron ellos?

—Yo estuve tapando el teléfono con mi cuerpo todo el tiempo.

Al retroceder, lo descolgué y marqué el número de la policía. Además, no esperaban encontrarte a ti y... bueno, se te comían con los ojos.

—Lo mismo que tú, lujurioso individuo.

—No, hombre simplemente. Por cierto, ¿te marchas?

Moira vaciló.

—Me quedaría aquí, pero...

—Hay una habitación para los huéspedes, que se usa muy raramente. Puedes usar la llave por dentro... Aunque la verdad es que hoy no estoy para... fiestas.

Ella le miró con simpatía.

—A pesar de todo, confío en ti, Neil —respondió.

—No lo suficiente para decirme...

—Algún día, Neil, algún día —cortó ella suavemente.

El doctor Steyn hizo chasquear los dedos.

—¡Despierte! —ordenó.

Neil abrió los ojos, sintiéndose la cabeza vacía y con una especie de niebla ante los ojos. Vagamente entrevió una mano que sostenía un pocillo y aceptó unos sorbos de café.

A los pocos segundos, volvía a la normalidad. Harston, Steyn y Moira estaban frente a él, contemplándole con una expresión muy rara en sus rostros.

—¿Y bien? —dijo el joven.

—Nada —contestó Harston.

—¿Nada?

—Absolutamente —corroboró el psiquiatra—. No hay nada en su mente que se refiera a un plano, salvo lo que ha oído en los últimos días.

—Entonces, ¿no me hipnotizaron?

—No hay rastros de ello en su inconsciente, Turbolt —aseguró el doctor Steyn.

—He hablado con el doctor Yale —murmuró Harston—. Ha confirmado su accidente.

Turbolt se puso en pie con gesto de mal humor.

—Entonces, ¿no sé por qué diablos me persiguen, tratando de sacarme dos millones que ignoro dónde se encuentran! —exclamó, enfurecido.

—Cálmate, Neil —aconsejó Moira—. El teniente Harston tiene

sus confidentes y va a esparcir la noticia de que no sabes nada. Así te dejarán tranquilo.

—Eso espero —gruñó él—. ¿Puedo marcharme ya?

Harston hizo un gesto afirmativo con la mano. Turbolt se encaminó a la salida con paso rápido. Moira le siguió en el acto.

Al quedarse a solas con el psiquiatra, Harston formuló una pregunta:

—Doctor, supongamos que en lugar de hipnosis se hubiesen empleado drogas narcóticas. ¿Quedarían rastros al cabo de seis meses?

—No, en absoluto. Aunque si hubiesen grabado esa información en su inconsciente, mediante el empleo de una potente droga hipnótica, ahora lo habría revelado con todo detalle.

Harston asintió pesadamente.

—Sí, doctor —murmuró—. Pero, aparte de todo eso, ¿quién, algún día, podrá tener acceso a esa información?

—Eso es cosa suya, teniente —respondió el doctor Steyn.

Mientras, Turbolt y la muchacha habían llegado a la calle. De pronto, Turbolt divisó a dos hombres en el interior de un coche.

Inmediatamente, se fue hacia ellos a grandes zancadas.

—Oigan ustedes, par de gazañeros. No sé nada de los dos millones, si eso es lo que buscan de mí. Ahí, en esa casa, están el teniente Harston y el doctor Steyn. El doctor me ha hipnotizado y yo he dado las respuestas con absoluta sinceridad. Repito: no sé nada de los dos millones; y si no me creen vayan a ver al doctor y al teniente. ¡Adiós!

Turbolt soltó la parrafada de un tirón, sin tomar aliento. Giró en redondo y se encaminó hacia su coche, sin reparar en la mirada de inteligencia que cambiaban aquellos dos sujetos.

Moira le aguardaba a poca distancia. Cuando entraba en el coche, vio algo que llamó su atención.

—¡Neil, mira! Esos dos hombres entran en la casa...

Turbolt hizo girar la llave de contacto.

—No me importa en absoluto lo que hagan —contestó malhumoradamente.

Pero cinco minutos más tarde, estacionó el coche inesperadamente, junto a la acera. Sus manos, sin embargo, siguieron aferradas al volante.

—Neil, ¿qué te pasa? —preguntó Moira.

—Estaba pensando...

—¿Has encontrado la solución? —exclamó ella, esperanzada.

—¡Por todos los diablos, no! Estaba pensando en tomarme unas vacaciones, en un lugar solitario, donde no pueda encontrarme nadie.

El coche arrancó de nuevo, de tal forma, que Moira se sintió arrojada contra el respaldo de su asiento.

—¡Y eso es lo que voy a hacer ahora mismo! —añadió el joven, tajante.

Moira se quedó muy impresionada. Aquel joven, que se ruborizaba en numerosas ocasiones, parecía haber cambiado radicalmente.

—Al menos... me dirás adónde piensas irte... —Ahora era ella la que sentía timidez.

—¡No! No se lo diré a nadie. No quiero que nadie me siga. Quiero estar solo. Absolutamente solo, ¿me entiendes?

—Sí, como tú digas —respondió Moira mansamente—. Pero... al menos, me avisarás cuando vuelvas. Yo... me hospedo en el Panoramic...

—Me lo pensaré —dijo Turbolt evasivamente.

El lugar era solitario y muy agradable. Hacía algunos años que había estado allí y no se habían producido cambios en el panorama. La cabaña estaba a menos de cincuenta metros del lago y, amarrada a la orilla, había una pequeña lancha de remos, con la que se iba a pescar aguas adentro, hasta encontrar un buen sitio donde arrojar el anzuelo.

La cabaña pertenecía a un vecino del pueblo cercano, situado a unos seis o siete kilómetros de distancia. Abundaban los pinos y los abetos en las laderas que enmarcaban el lago. Los chopos y los álamos flanqueaban las orillas de los riachuelos que descendían de las cumbres y mantenían constantemente el nivel de las aguas del lago. Al cabo de unos días de estancia en aquel lugar, Turbolt empezaba a recobrar la paz perdida por unos acontecimientos en los que se había visto envuelto involuntariamente.

Por las mañanas, se levantaba con el sol y, con el chándal de entrenamiento, realizaba unos cuantos kilómetros de *footing*. Regresaba después a casa y, tras la ducha consiguiente, se

preparaba un sólido desayuno, con abundancia de zumos de fruta. Después, con un sombrero viejo, camisa, pantalones y zapatillas, cargado con los trebejos de la pesca, embarcaba en el bote y remaba un kilómetro o cosa así. Aunque la pesca no escaseaba ciertamente, más que la ambición de capturar los peces, lo que deseaba era la acción relajante de unas horas tranquilas, sin nada molesto en que pensar.

Regresaba hacia el mediodía, guardaba los pescados en el frigorífico y se preparaba el almuerzo. Dormía luego una ligera siesta y, al despertar, hacia una serie de ejercicios, entre los que se incluían la sogá, guantes con la sombra y un poco de *punching-ball*. Después, se daba un largo paseo, a paso normal, hasta que empezaba a oscurecer. Regresaba a casa, se hacía la cena, leía un poco y, antes de las diez, estaba dormido como un tronco.

En una semana, había cambiado notablemente. Empezaba a ver la vida con más optimismo. Dos o tres días más, se dijo, y regresaría a su trabajo, en el que, dada la índole del mismo, disfrutaba de cierta autonomía. En el octavo día de su estancia en aquel retiro, cuando estaba iniciando la vuelta después de su sesión matutina de *footing* a paso ligero, creyó oír a lo lejos el sonido de un automóvil.

El camino pasaba no lejos de aquel lugar. Casi antes de que pudiera hacer nada, divisó un coche. Los dos ocupantes le vieron también y el conductor detuvo el vehículo.

—Hola, amigo —dijo uno de ellos amablemente—. Buscamos a un tal Neil Turbolt. ¿Lo conoce usted?

El joven se quedó parado un instante. Luego sonrió.

—En mi vida he oído hablar de esa persona —contestó—. Lo siento, señores.

—Creo que está en una cabaña situada no lejos de aquí.

Turbolt tendió su mano en sentido opuesto.

—Puede que sí. Yo vivo en otra, a cinco kilómetros —contestó—. Pero esto es muy grande y los vecinos no nos vemos unos a otros.

—Cinco kilómetros —se admiró el sujeto—. ¿A pie?

—Cinco de ida y cinco de vuelta —puntualizó Turbolt—. Sigán por ahí y encontrarán la cabaña. Yo voy a continuar con mi sesión de *footing*, con el permiso de ustedes, claro.

—Sí, desde luego. Gracias, amigo.

Turbolt giró en redondo, puso los codos en los costados y trotó en la dirección señalada, mientras escuchaba a sus espaldas el sonido del coche que arrancaba nuevamente. Durante unos segundos, dominó la tentación de volver la cabeza; era preciso evitar las sospechas de aquellos sujetos. Cuando, al fin, se decidió a hacerlo, vio que el automóvil había desaparecido.

CAPÍTULO IX

Cautelosamente, sin hacer el menor ruido, Turbolt se acercó a la cabaña, por cuya puerta delantera salían las voces de los dos individuos. Pegado a la pared de troncos, se detuvo junto a la esquina.

Permaneció allí inmóvil como una estatua. Uno de los sujetos dijo:

—Calma, Milo. Vendrá, no puede tardar mucho. ¿No te has fijado que la barca está amarrada? Eso significa que no salió a pescar... No te preocupes, hombre; habrá salido a dar un paseo. Ya volverá.

Sonó una especie de gruñido. El mismo individuo continuó:

—Debieras hacer un poco de café, Milo. Nos sentaría bien.

—Pero ¿estamos seguros de que es el tipo a quien buscamos?

—Nos dijeron Neil Turbolt, ¿verdad? En el pueblo nos lo han confirmado, así que esperaremos todo el tiempo que sea necesario.

El joven se preguntó quién les habría facilitado su nombre. De nuevo, pensó, volvían las complicaciones.

De pronto, oyó un grito:

—¡Ben, mira esto!

—¿Qué pasa, Milo?

—Su billetera... Está la documentación completa, el permiso de conducción... ¡El tipo que hacía *footing* es Turbolt! Hijo de puta, ¡qué bien nos ha sabido engañar!

—Cálmate, hombre, con gritos y maldiciones no se arregla nada. Turbolt tiene que volver a la fuerza. Su coche está aquí, el dinero, la documentación... No puede viajar vestido únicamente con un chándal de entrenamiento...

—Estará escondido.

—Entonces, haremos una cosa. Yo me iré con el coche y tú te escondes en la cabaña. Cuando oiga el ruido, creará que nos hemos

ido y volverá. Entonces, le sorprendes, ¿entendido?

—Sí, es un buen plan.

—Estará relativamente lejos y el coche ha quedado delante de la cabaña, de modo que no podrá ver si viajamos uno o dos. Le bastará ver el coche en movimiento y, apenas me haya alejado mil metros, él correrá a vestirse, para salir disparado como un rayo hacia aquí a recoger sus cosas y emprender la huida. ¿Está claro, Milo?

—De acuerdo, Ben. ¿Te hago una señal cuando lo haya atrapado?

Hubo un instante de silencio.

—Esto queda lejos y pueden creer que se trata de algún cazador —dijo Ben al cabo—. Dispara un par de tiros.

—O.K.

Turbolt se escondió al otro lado de la esquina y aguardó unos instantes. El ruido del motor se oyó bien pronto.

Transcurrieron diez minutos. Turbolt calculó que era el tiempo que los dos sujetos habrían estimado como posible para su regreso a la cabaña. Entonces, hizo algo de ruido junto a la esquina y echó a correr.

Milo Slack salió disparado, pero no vio a nadie. Lentamente, con la pistola en la mano, caminó hacia la esquina de donde había llegado el sonido. Asomó cautelosamente y, al no percibir ningún sonido, siguió contorneando la cabaña.

Al cabo de unos momentos, perplejo, se encontró de nuevo en el punto de partida. Desconcertado, se rascó la cabeza, mientras subía los cuatro peldaños de la escalera que conducía a la veranda. Atravesó el umbral y entonces algo duro golpeó su muñeca.

La pistola voló por los aires. Slack sintió a continuación el durísimo impacto de un puño que se hundía en su hígado. Luego, vio otro puño que volaba hacia su mandíbula. Fue el golpe definitivo.

Unos minutos después, Turbolt, sonriente, salía fuera de la cabaña, con la pistola en la mano, y disparaba por dos veces. Giró en redondo y se volvió a meter en la cabaña.

Ben Cooper llegó escasamente cinco minutos más tarde. Cuando traspasó el umbral, algo cayó sobre su cabeza.

Turbolt miró complacido el grueso palo que acababa de utilizar y cuyo destino era la chimenea en el invierno.

—Pues ha funcionado, como en las películas —dijo alegremente.

Cuando Cooper y su compinche, Milo Slack, volvieron a la vida, se encontraron atados de pies y manos, tendidos en el fondo del bote, cuya amarra sostenía Turbolt con la mano izquierda. En la derecha tenía un cordelito, cuya utilidad, de momento, no supieron comprender.

—Caballeros —empezó diciendo Turbolt—, he podido enterarme de sus nombres y, me imagino, de sus intenciones. Como me he figurado cuál sería el objeto de su visita, lo he preparado todo adecuadamente para un interrogatorio que va a dar comienzo inmediatamente. Por si no se han dado cuenta, y les ruego levanten un poco la cabeza, este cordel que tengo en la mano derecha está atado a un tapón que cierra el agujero que he practicado en el fondo del bote. Si se niegan a contestarme, daré una patada al bote que se separará muy lentamente de la orilla. Pero alcanzará diez metros o más y ahí, a esa distancia, hay tres metros de agua. Yo tiraré del cordelito, arrancaré el tapón, el bote empezará a llenarse de agua y... ¿Lo han comprendido?

Slack alzó un poco la cabeza, vio el tapón y lanzó un chillido de pánico.

—¡Por favor, no saque el tapón! —gritó.

—Eso depende de ustedes —contestó Turbolt apaciblemente—. Antes les oí mencionar algo sobre alguien que les dio mi nombre. ¿Puedo saber quién es?

Slack volvió la cabeza. Cooper sudaba copiosamente.

—Ese hombre es un diablo —masculló—. Duke debía haberlo advertido y habríamos obrado de otra forma.

—Por si les interesa saberlo, les diré que fui campeón universitario de los semi-medios. Ante mí se abría un brillante porvenir en el mundo del boxeo, pero las cosas que hay al otro lado del ring *nunca me agradaron —explicó el joven—. Sin embargo, me gusta conservar la forma en todo momento. Un par de veces por semana hago tres o cuatro asaltos de entrenamiento, hago también footing, algo de pesas, comba... en fin, lo corriente. Pero, claro, algunas personas sólo son capaces de ver lo que hay en el exterior de las personas y por ello se ciegan y no saben penetrar en otros aspectos más íntimos. Eso es lo que, sin duda, le ha sucedido a su amigo Duke... ¿qué más?*

Hubo un instante de silencio. Turbolt apoyó el pie izquierdo en

la proa del bote, a la vez que tensaba el cordel.

—He preguntado quién es Duke —añadió con acento imperativo.

—Goohan —respondió Slack abatidamente.

—¿Qué órdenes les dio?

—Debíamos encontrarle y llevarlo con nosotros, eso es todo.

—¿No les dijo nada más?

—No.

Turbolt pensó que se hallaba ante un par de profesionales, capaces de hacer cualquier cosa por dinero. El tal Goohan les habría encomendado llevarlo a su presencia, pagándoles el trabajo, pero sin añadir más detalles.

—¿Dónde vive Goohan? —preguntó.

—West Cape Lane, ochocientos veintidós.

—Y no les dijo por qué tenían que secuestrarme ustedes.

—No. Sólo nos ordenó llevarle a su casa, vivo... preferentemente.

—Ah, de modo que si las cosas se ponían feas, lo mismo le daba que le llevasen mi cadáver.

Slack calló. Su silencio era significativo.

—Pues no entiendo para qué podía querer Goohan mi cadáver —refunfuñó el joven—. Los muertos no hablan... ¿y de qué le serviría yo, una vez muerto?

Aquello resultaba cada vez más ininteligible, se dijo, furioso. Pero de todas formas, haría «cantar» a Goohan. «Ya lo creo que «cantará», como un ruiñeñor en celo», se dijo.

—Bien, amigos, la entrevista ha finalizado. Gracias por haber escuchado. Aquí termina la emisión y...

Soltó la amarra, pegó una patada al bote y tiró del cordel.

La embarcación empezó a alejarse de la orilla. Slack y Cooper chillaron frenéticamente.

Turbolt se echó a reír.

—¡Tontos! El tapón estaba pegado solo con un poco de cola —dijo.

Cooper emitió un obsceno insulto. Turbolt era muy moderado en el lenguaje, cosa lógica en la profesión, pero esta vez no se pudo contener:

—¡La tuya, cabrón!

Volvió a la cabaña. Desde la puerta, miró hacia el lago.

El bote estaba ya a unos cincuenta metros de la orilla y seguía alejándose, merced a una ligera brisa que se había levantado hacía poco. Riendo alegremente, Turbolt entró y empezó a preparar el equipaje.

Cuando tuvo todo listo, deshinchó las ruedas del coche de los hampones, incluida la de repuesto, arrojó la llave entre la maleza y, para evitar que hicieran un puente, arrancó todos los cables del sistema eléctrico. Al situarse tras el volante, volvió a mirar al lago.

El bote estaba a unos quinientos metros de distancia. Probablemente, pensó, Cooper y Slack conseguirían liberarse de sus ligaduras y volverían remando con las manos. No gritaban, lo que le indicó que en modo alguno les convenía fuesen liberados por alguien ajeno al asunto. Pero ahora tenía un considerable margen de seguridad.

Quizá, incluso, callarían su fracaso ante Goohan. Hizo girar la llave de contacto y arrancó.

—Lástima no haber podido estar un par de días más —suspiró.

Cuando entró en la casa, percibió ruido de cacharros en la cocina.

—¡Señora Hanson!

Era su asistente. Pero la voz que contestó no era precisamente la de la mujer que le hacía la limpieza:

—¡Neil! ¡Ya has vuelto!

Moira apareció en la puerta de la cocina, con blusa y pantalones cortos, y un delantal también corto. Turbolt se quedó atónito.

—Pero ¿qué diablos...?

—Oh, Neil, estás guapísimo —exclamó ella—. Ese color tostado te favorece enormemente... —De pronto corrió hacia él y estampó un fuerte beso en sus labios—. No sabes cuánto me alegro de verte de nuevo. ¿Lo has pasado bien? Sí, claro, no hay más que verte...

—Pero, Moira, ¿qué haces aquí? —preguntó Turbolt, reaccionando—. Dijiste que te alojabas en el Panoramic.

—Sí, pero resultó ser más caro de lo que pensaba y casi agoté mis fondos. Entonces, me dije que tenía un alojamiento más barato... Si no te molesta, claro.

Sólo entonces se dio cuenta Turbolt de que aún tenía el equipaje en las manos. Dejó todo a un lado y fue hacia la cocina.

—¡Mmm...! Esto huele muy bien —dijo—. ¿Qué es, Moira?

—Estofado de cordero. ¿Tienes hambre?

—De lobo, preciosa.

—No lo digas en ese tono, que se me pone la carne de gallina —se ruborizó la muchacha.

—Moira, lo que menos pienso yo en estos momentos es en ciertas cuestiones. Sobre todo, cada vez que me acuerdo que mi vida está en juego.

—¡No me asustes, Neil! —exclamó Moira.

—Como lo oyes. —Turbolt sacó una lata de cerveza del refrigerador—. Esto cada vez lo entiendo menos —añadió, después de un largo trago—. Dos tipos fueron esta mañana a secuestrarme, vivo o muerto.

—Como en las películas.

—Exactamente. Pero lo que no acabo de entender es qué utilidad puedo tener yo para alguien, si ya estoy muerto.

—¿Y cómo sabes...?

—Oh, pude capturarlos y les hice hablar.

Moira le contempló, estupefacta y admirada.

—Eres magnífico, Neil. A ver, cuéntame, cuéntame...

—Sí, pero cuida que no se queme el estofado.

Cuando Turbolt terminó su relato, ella se sintió muy preocupada.

—Me pregunto quién puede ser ese tal Duke Goohan —murmuró.

—Esta misma noche saldré de dudas —contestó él—. No olvides que conozco su dirección.

—¿Piensas ir a verle?

—Por supuesto.

—Entonces, pregúntale cómo supo encontrar tu escondite.

—Oh, es sencillo. Habrá empleado algún detective privado. Mi vida, hasta ahora, ha sido muy transparente. Nunca tuve nada que ocultar, Moira.

—¡Ejem, ejem...! —dijo ella maliciosamente—. Algunas cosidas habrá que... Una vez te vi con una dama...

—Pero eso es completamente natural —sonrió él.

Moira se ruborizó intensamente.

—Creo que el estofado está listo —contestó, evasiva—. Voy a

poner la mesa, Neil.

CAPÍTULO X

Después de cenar, Turbolt se cambió de ropa. Cuando volvió a la sala, encontró a Moira también vestida.

—Eh, ¿adónde vas?

—Contigo, claro.

—Pero, chica...

—¿Acaso has creído que iba a perderme la entrevista? —Moira echó a andar resueltamente hacia la puerta—. Sobre todo, después de saber lo que hiciste con Slack y Cooper. ¡Habría dado algo bueno por verlo!

Turbolt se resignó y salió tras ella. Momentos después, rodaban en dirección al domicilio de Goohan.

Era una casa de buen aspecto, con un pequeño jardín alrededor. En aquellos momentos, una mujer salía de la casa.

Tenía unos cincuenta años, calculó Turbolt, y su apariencia era más bien modesta. Sombrero en mano, Turbolt se acercó a la mujer.

—Perdón, señora. ¿Puede decirme si el señor Goohan está en casa? Soy amigo suyo...

—Ha salido —contestó la mujer—. Dijo que iba a cenar en el Red Circle. Yo soy su ama de llaves, señor.

Turbolt sonrió.

—Mil gracias, señora.

Volvió al coche.

—¿Conoces el Red Circle, Moira? —preguntó.

—No, nunca he estado allí. ¿Qué es eso, Neil?

—Un restaurante nada barato. Nuestro hombre está allí.

—Quizá gastándose por anticipado un pellizco de los dos millones, ¿eh?

—Es posible.

Un cuarto de hora más tarde, Turbolt detenía el coche a prudente distancia del Red Circle, un restaurante con una gran

terrazza, que contorneaba una piscina, en la que había un gran surtidor central, con variaciones de luces de colores. La mayoría de las mesas estaban ocupadas y la animación era extraordinaria.

Turbolt escrutó la terraza desde un lugar situado en sombras. De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Diablos!

—¿Qué sucede? —inquirió Moira.

—Aquélla es... y está con...

Moira se impacientó.

—¡Por Dios, no me tengas sobre ascuas!

—Me refiero a la señora Key.

—¿Quién es esa prójima, Neil?

—Estoy, o me parece que estaba, en tratos con ella, para concertar una póliza de seguro...

De pronto, Turbolt se apartó de aquel lugar.

—Volvamos al coche —dijo—. Esperaremos a que salgan y los seguiremos.

Sentados en el interior del automóvil, encendieron sendos cigarrillos. Después de las primeras bocanadas de humo, Turbolt explicó lo que le había sucedido en casa de Anita Key.

—De modo que irrumpió un fotógrafo...

—Y nos sorprendió.

—Y tú le rompiste la cámara.

—Después de haber hecho trizas la fotografía y tirar sus restos por el sumidero. Como comprenderás, no iba a permitir que ese tipo nos hiciera chantaje algún día.

—Pero si era una sola fotografía y además con cámara instantánea, no podría reproducir...

—Lo difícil es la primera fotografía, preciosa. Hoy sobran procedimientos para multiplicar una imagen cuantas veces convenga.

—De modo que el tipo os sorprendió en traje de Adán. Y de Eva, ella, claro...

—Bueno... Yo tenía solamente el torso desnudo... y ella lo mismo, claro...

—Vaya un agente de seguros —dijo la chica mordazmente—. Va a concertar una póliza y acaba acostándose con la cliente. ¿No hay pólizas de seguro contra señoras ardientes y agentes en celo?

—¡Moirá! A ver si te crees que yo ando por ahí constantemente, buscando satisfacer mis instintos...

—¡Tus instintos, no; tu lujuria, cochino!

—Llámallo como quieras —se enfureció él—. Se presentó la ocasión y nunca la desaprovecho, a no ser que medien circunstancias muy graves.

—Lo sé. Si me descuido aquel día, me violas.

—Violarte, ¿eh? ¿Quién fue el provocador de los dos? Yo no te abracé; fue al contrario... y estuvo a punto de pasar lo que debía haber pasado. Y no por mi culpa. Además, yo no busqué a Anita Key. Me la recomendó uno de los jefazos de la compañía y fui a visitarla, eso es todo.

—Vaya, me habían dicho que eras tímido...

—Un poco, sí, no lo niego. No soy de esos que van con el pecho saliente y la barbilla alta, comiéndose el mundo. Me ruborizo muchas veces... pero, cuando consigo centrarme...

—No sigas, no deseo escuchar detalles eróticos.

—De todos modos, hay algo que puedes hacer, si la cosa no te agrada.

—¿Qué, Neil?

—Largarte.

Moirá apretó los labios, pero no dijo nada. De pronto, Turbolt puso en marcha el motor.

—Ya salen —dijo a media voz—. Ahora sabremos si van a casa de ella o a la de él.

Anita y su acompañante se sentaron en otro coche, que arrancó a los pocos segundos.

—Nunca me lo hubiera imaginado —dijo él—. ¿Por qué iban a hacerme chantaje?

Porque Duke Goohan, el individuo mencionado por los hampones que le hablan asaltado, en el lago, era el fotógrafo a quien él había puesto fuera de combate e inutilizado la cámara.

—Parece que van a la casa de Goohan —observó Moirá momentos más tarde.

—Sí, lo parece.

—Y ¿qué harás entonces?

—Hablar con Goohan, claro.

—¿Y si ella se queda en casa?

—Hablaré con los dos —contestó él resueltamente.

Seguro que iban a la casa de West Cape Lane, Turbolt no tuvo interés en acelerar la marcha, despegándose de la pareja, a fin de que no advirtieran eran seguidos. Cuando, al fin, llegaron a las inmediaciones de la casa, vieron luces en las ventanas. El coche estaba parado junto al garaje, a la derecha de la entrada.

Una silueta cruzó de pronto por delante de una de las ventanas. Turbolt abrió la portezuela.

Moirá le detuvo.

—Puede llevar armas —dijo.

—Lo sé. Pero no importa.

—No te arriesgues...

—Él no me espera. En cuanto abra la puerta, le arrearé un buen puñetazo. Después...

Turbolt no pudo seguir hablando.

—¡Agáchate, Moira! —aconsejó Turbolt.

Sonaron tres o cuatro disparos más. El joven se encogió en su asiento. Era muy distinto llegar sin ser esperado y sorprender a una persona, que enfrentarse con otra que ya tenía un arma en la mano.

El último disparo sonó algo separado de los demás. Luego, la puerta de la casa se abrió bruscamente.

Dos personas salieron a todo correr, mirando por encima de la repisa delantera del coche, Turbolt, atónito, vio que uno de los fugitivos era una mujer.

El hombre iba unos pasos adelantado. Había un coche en las inmediaciones y la pareja escapó en pocos segundos. Turbolt maldijo entre dientes; la matrícula resultaba ilegible debido tanto a la distancia como a la mala iluminación de la zona.

Pero de una cosa estaba seguro: los fugitivos no eran Anita Key y Duke Goohan, lo cual tenía un claro y siniestro significado: estaban muertos.

¿Por qué?

Había una respuesta muy sencilla: por dos millones de dólares.

El teniente Harston entró en la casa y se dejó caer pesadamente sobre un diván. Turbolt sintió compasión de él y le ofreció una cerveza.

—Está fatigado —dijo.

Harston asintió.

—Y desconcertado —añadió.

—¿Han encontrado a los asesinos?

—Ni rastro.

—Fue una sorpresa, ¿verdad?

—Usted, ¿qué cree?

—No sé qué decirle... Ciertamente, no me esperaba una cosa así.

—Pero usted iba a verles.

—Claro. Goohan había pagado a dos tipos para que me secuestrasen. Intentó sacarme una foto, cuando estaba medio desnudo, con Anita Key... Pensé que se trataría de un chantajista vulgar, pero resulta que se conocían. Eso es todo lo que puedo decirle, Sam.

Harston suspiró.

—¿Vio a la mujer?

—Me pareció joven, bastante atractiva... Bueno, no tan joven; ya debe haber cumplido los treinta... No era rubia; aunque había poca luz, una cabellera rubia habría brillado inequívocamente.

—¿Y el hombre?

—Fuerte, de unos treinta y tantos años... Yo diría que mide metro ochenta y tiene el cabello oscuro...

—Hay unos cincuenta o sesenta millones como él en el país —dijo Harston amargamente.

Moira entró de pronto, con una gran bolsa de papel en las manos. Turbolt se apresuró a ayudarla.

—Hola, teniente —saludó la chica.

—¿Cómo está, señorita James?

—Sam se siente desmoralizado, Moira —dijo Turbolt.

A cualquiera le pasaría lo mismo. Pero él no tiene tus problemas.

—¿Qué problemas? —preguntó Harston.

—Hombre, descubrir al asesino es parte de su oficio. Pero Neil, en cambio, se ha visto metido en todos estos líos, sin comerlo ni beberlo... Si usted se siente abrumado, imagínese cómo estará él.

Harston miró a la muchacha durante un segundo.

—Como está él, me gustaría estar a mí —dijo al cabo.

Turbolt se puso colorado.

—Oiga, Sam, no vaya a pensar mal...

—Todo lo contrario, pensaré muy bien —dijo Harston socarronamente, a la vez que se encaminaba hacia la puerta.

—Espere un momento —pidió el joven—. Hace tiempo que quería preguntarle algo y siempre se me olvida... ¿Qué sabe de Hank Deyes? Ya sabe, el que se supone asesinó a Kenninger...

—Ni rastro —contestó el policía—. Parece como si se lo hubiese tragado la tierra.

—Bueno, ejecutó su venganza y desapareció... Era lo que le interesaba, ¿no?

—También le interesaban los dos millones, no lo olvide. Buenas tardes —se despidió Harston finalmente.

Turbolt se volvió luego hacia la muchacha.

—Has tardado —dijo.

—Lo siento. Me he entretenido más de lo que esperaba. Voy a meter todas estas cosas en el refrigerador y a darme una ducha.

—¿Quieres que te frote la espalda?

Moirá le sacó la lengua. Agarró la bolsa de nuevo y se encaminó hacia la cocina. Cuando se disponía a franquear la puerta, giró a medias y dirigió al joven una brillante sonrisa.

—Ah, en cuanto esté lista, saldremos.

—¿Adónde, preciosa? Es decir, si puedo saber...

—Claro. Por fin he logrado averiguar el paradero de Joe Garrity.

—¿El ayudante de Chambers?

—El mismo.

—No sé qué relación puede tener él con este endiablado asunto —refunfuñó Turbolt.

—Podemos preguntárselo, ¿no te parece?

Y, ligera y desenvuelta, Moira entró en la cocina y empezó a poner los víveres en el refrigerador.

CAPÍTULO XI

—Ahí es —indicó la muchacha poco más tarde de las nueve de la noche, señalando una casa de poco recomendable aspecto, con las escaleras para incendios fuera de la fachada.

—Me gustaría saber cómo lo has averiguado —dijo él.

—Preguntando aquí y allá, querido.

Turbolt se volvió en el asiento.

—Y todo esto, lo haces por cincuenta mil...

—¿No te parece un motivo suficiente?

—Según se mire. Si a mí me prometieran una cantidad semejante, pero advirtiéndome antes de los riesgos que podría correr, me quedaría muy quietecito en mi casa.

—No te has sentado a jugar solitarios, que yo sepa.

—Bueno, me ha pasado como aquel que estaba en el muelle y lo tiraron al agua, cuando había un tipo que estaba ahogándose. Lo salvó y luego dijo que quién era el hijo de perra que lo había empujado.

—O sea, te consideras héroe a la fuerza.

—Mírame bien, Moira. ¿Me crees capaz de entrar en un juego semejante por propia voluntad?

—Hombre, no lo has hecho mal.

—Tengo un amigo que lo querían fichar para el equipo de atletismo de la Universidad, porque una vez lo vieron correr como nadie en este mundo. Después de que le hicieron la proposición, él dijo que no tenía nada de atleta ni era aficionado al pedestrismo y que si había corrido tanto era porque le perseguía un toro desmandado.

Moira se echó a reír.

—Me gusta tu buen humor —dijo—. Bien, ¿hablamos con Garrity?

—Sí, pero ¿qué vamos a sacar de esta entrevista?

—Era el ayudante de Chambers, recuerda.

—Pero Chambers no tenía relación alguna...

—Ahora saldremos de dudas, Neil. Bueno, vamos ya.

Se apearon uno por cada lado. Cruzaron la calle y la acera y entraron en la casa. Moira iba delante, con una resolución que no pudo por menos de admirar a su acompañante. Al fin, se detuvo ante una puerta situada en la tercera planta.

Moira llamó con los nudillos. Antes de dar el segundo golpe, la puerta giró suavemente.

—Está abierta, Neil —exclamó.

Turbolt dio un paso hacia adelante.

—Déjame —solicitó.

Empujó un poco. Al fondo, junto a una puerta que daba a una de las habitaciones interiores, se veían asomar unos pies.

—Moira —dijo a media voz—, me parece que no vamos a poder hablar con Garrity.

Ella se sobresaltó terriblemente. Turbolt extendió una mano.

—Quédate aquí —ordenó.

Avanzó unos pasos. Cuando vio a Garrity por completo, sintió un escalofrío de horror.

Resultaba evidente que el desgraciado no lo había pasado muy bien antes de morir. Todavía tenía las manos atadas y una tira de cinta adhesiva aparecía pegada en un lado de la casa. En el centro de la frente se veía un diminuto orificio, del que había brotado un hilo de sangre.

En el pecho también tenía sangre. Su camisa estaba rasgada y se advertían numerosos cortes, no demasiado profundos sin embargo.

Giró sobre sus talones y se reunió con la muchacha.

—Está muerto. Lo torturaron salvajemente, con la boca tapada, hasta que hizo señales de que quería hablar. Entonces, despegaron un poco la cinta adhesiva y escucharon lo que tenía que decirles. Finalmente, le pegaron un tiro.

Moira tenía los ojos muy abiertos. Turbolt la hizo girar en redondo y la empujó hacia el pasillo.

—Vámonos a casa —dijo.

Durante el trayecto, apenas si despegaron los labios. Cuando llegaban ya a la casa, Turbolt dijo:

—Me están entrando ganas de escapar de nuevo...

—Sería inútil. Tienes que seguir adelante.

—Pero ¿hacia dónde? ¿Cuál es mi objetivo?

—Dos millones.

—No sé nada —contestó él malhumoradamente—. Ni siquiera la sesión de hipnosis fue suficiente. Alguien cree que lo sé y está en un error. Me gustaría hablar con él, para decírselo en su cara, ¿comprendes?

Moira asintió. El coche se detuvo en el interior del garaje. Luego entraron en la casa.

Cuando llegaban a la sala, alguien encendió las luces. Moira y el joven se detuvieron en el acto.

—Por favor —dijo el intruso—. No hagan ruido. Será mejor para todos, créanme.

Turbolt vio la pistola que brillaba en la mano del desconocido y movió lentamente la cabeza.

—No haremos ruido —contestó.

Durante unos segundos, sólo hubo silencio en la casa. Con el rabillo del ojo, Turbolt miró en busca de algo que le sirviera de arma arrojadiza contra el intruso. Éste pareció adivinar sus pensamientos y se echó a reír.

—No lo intente siquiera —dijo—. Le pegaría un tiro antes de que moviera el meñique.

—Como ha hecho con Garrity, ¿no es cierto?

—Ah, ya lo saben.

—Sí.

—Tuvimos que hacerlo, compréndalo.

—¿Estuvo también la mujer?

—¿Cómo sabe que había una mujer?

—Quedó su perfume. Tengo buen olfato.

Moira comprendió que Turbolt no quería dar a entender lo que habían visto la víspera, desde las inmediaciones de la casa de Goohan. El desconocido asintió:

—Bien, sí, ella estuvo allí.

—Y ahora, ¿dónde está?

Turbolt dio un paso lateral. El intruso movió la mano amenazadoramente.

—Sepárese del teléfono —dijo.

El joven obedeció.

—Usted busca dos millones de dólares.

—Sí.

—No sé nada de ese dinero.

En los labios del sujeto apareció una ligera sonrisa.

—Ya sé que no lo sabe —contestó.

—Entonces —se asombró Turbolt—, ¿por qué está aquí? No le hemos visto matar a Garrity, así que no podremos declarar contra usted.

—Desde luego, no declararán, se lo aseguro.

Moira se estremeció al oír aquellas palabras. De pronto, vio que el hombre de la pistola agarraba un objeto con la mano izquierda y se lo lanzaba por el aire. Ella lo agarró con gesto instintivo.

—Usted, Turbolt, quítese la chaqueta —ordenó a continuación—. Y la camisa también. Esa chica tan guapa va a sacar una fotografía, en la postura que yo le diga. ¿Has entendido, preciosa?

Moira hizo un gesto de aquiescencia. Lentamente, Turbolt empezó a quitarse la chaqueta. El hombre de la pistola le apuntó al centro del pecho.

—No me la tire —dijo el joven.

—Descuide —contestó el joven.

Empezó a aflojarse el nudo de la corbata. Súbitamente, se oyó el alarido de una sirena policial.

—¿Qué es eso? —preguntó el pistolero.

—El Séptimo de Caballería, que acude en el momento más crítico —exclamó el joven alegremente. Y ya se disponía a tirarle la chaqueta, cuando, de súbito, el intruso echó a correr hacia la cocina.

Harston entró en la casa poco después.

—Garrity ha sido asesinado —dijo.

—¿El ayudante de Chambers? —preguntó Turbolt.

—Sí. —Harston miró alternativamente a la pareja—. ¿Qué saben del asunto?

—Nada —contestó Moira, que había captado rápidamente las intenciones del joven.

—Es la primera noticia que tenemos —añadió Turbolt.

Harston se sentía muy receloso.

—Nos han informado de que una pareja estuvo allí, en la casa de Garrity. Por la descripción, podrían ser ustedes...

—No hemos salido de casa —mintió el joven.

Harston emitió un bufido.

—Por supuesto, sé que no lo han hecho... pero si quisieran colaborar, les quedaría muy agradecido.

—Le aseguro que no sabemos nada, Sam.

—Está bien. Buscaré por otra parte. Ah, por si les sirve de utilidad, les diré que Garrity fue asesinado con la misma pistola que se empleó para matar a Kenninger.

—¡Caramba! ¿Ya le han sacado la bala del cuerpo?

—Basta ver el agujero en la frente, para saberlo —se despidió Harston bruscamente.

Moira le tiró un beso con la mano.

—Adiós, salvador nuestro —murmuró.

Turbolt se volvió hacia ella.

—¿Dónde está la cámara? —preguntó.

—Ahí, al otro lado del diván. La escondí antes de que entrase el teniente —respondió Moira.

Turbolt frunció el ceño.

—Betty Welles quería sacarme una fotografía con aquella micro cámara —murmuró—. Lo recuerdo muy bien, porque me hizo girar el cuerpo, con un pretexto absurdo... No tenía por qué preguntar qué significaba el grabado con un velero que tengo en el dormitorio... Luego, Goohan tiró también una placa, que yo destrocé... y, finalmente, el tipo de la pistola, a quien no he visto en mi vida, quería que tú me hicieses una fotografía... ¿Lo entiendes, Moira?

Ella sonrió de un modo peculiar, a la vez que avanzaba hacia el joven.

—Lo único que entiendo es que estamos solos —susurró.

Sus brazos se enroscaron en torno al cuello de Turbolt.

—¿No es maravilloso? —añadió con voz cálida.

Turbolt echó el torso hacia atrás.

—Cuidado, Moira.

Ella le mordisqueó el labio inferior.

—¿Debo tener cuidado? —preguntó, incitante.

Apretó todo su cuerpo contra el del joven.

—Contéstame, Neil —pidió ardientemente.

—Moira, te lo advierto...

—¿Otra vez tímido?

—Por última vez, no me obligues a... No te quejes luego...

—Neil, querido... Demuéstrame que no eres tímido.

Hubo un momento de silencio. Luego, Turbolt rodeó la cintura de la muchacha con sus brazos y buscó su boca ávidamente. La respuesta de Moira no fue menos apasionada. Y no puso la menor objeción cuando sintió que la mano del joven recorría el cierre relámpago de la espalda de su vestido.

Dormía boca abajo, cuando notó el brillo de un resplandor inusitado, a la vez que oía un leve chasquido. Sobresaltado, se volvió y divisó a Moira con la cámara fotográfica en la mano.

Ella estaba ya vestida. Turbolt reaccionó velozmente y, sin molestarse en poner una sola prenda sobre su cuerpo, saltó de la cama y corrió en su persecución, alcanzándola cuando ya llegaba a la puerta que daba al garaje.

—Quieta —dijo.

—Suéltame, Neil. Debo marcharme.

—Nada de eso, preciosa. Antes quiero que me des la cámara... Por las buenas. No me obligues a emplear la fuerza.

—Serías capaz.

—Sí.

Moira notó en su muñeca la presión de unos dedos de acero. El aspecto de Turbolt no se correspondía con aquella fuerza muscular.

—¿Eres aficionado a los ejercicios físicos? —preguntó.

—Entre otras cosas —contestó él—. ¿Por qué has hecho la fotografía?

—Lo siento, Neil.

Sobrevino una corta pausa de silencio. De pronto, Turbolt aflojó la mano.

—Está bien, llévate mi coche si quieres. Las llaves están puestas. Pero no vuelvas a verme más en los días de tu vida. No se te ocurra entrar en mi casa o te echaré a patadas.

—¡Neil! No me hables así...

—¿Qué quieres, que te despidas con besitos? Me has defraudado, Moira, decepcionado de una manera absoluta. Había llegado a pensar que lo que ha sucedido esta noche entre los dos tenía unos motivos más profundos, era algo con perspectivas de futuro para ambos... pero si te has acostado conmigo, lo has hecho sólo por el

egoísmo del dinero. Bien, no sé qué diablos has conseguido con la fotografía, pero vete y no vuelvas más por aquí.

El labio inferior de Moira tembló perceptiblemente.

—Oh, Neil... ¿Hablas en serio? ¿Pensabas... en un futuro común para los dos?

—Pensaba, pero ya no lo pienso —respondió él bruscamente, a la vez que giraba en redondo—. Dispensa, tengo que vestirme.

Dio unos cuantos pasos y, de pronto, oyó la voz de la muchacha que pronunciaba su nombre estridentemente:

—¡Neil!

Turbolt se detuvo un instante.

—Vete...

—Pero... ¿es que no lo comprendes? ¡Tienes tatuado en la espalda el plano del lugar dónde están escondidos los dos millones!

CAPÍTULO XII

El coche rodaba lentamente por el camino que ascendía hacia la montaña. Era una ruta difícil, con muchas curvas, y con un pavimento en pésimo estado. Turbolt debía poner los cinco sentidos en manejar el vehículo, para no irse, en una falsa maniobra, a alguno de los precipicios que bordeaban aquella carretera que, evidentemente, estaba en desuso desde hacía muchísimo tiempo.

—Entonces, durante el tiempo que permanecí sin sentido en casa de Kenninger, Garrity me hizo en la espalda el tatuaje del plano.

—Exacto, Neil.

—Pero el que murió primero fue Chambers.

—Por un error. Creyeron que había sido él quien te hizo el tatuaje, cuando, en realidad, fue su ayudante. Chambers estaba ya delicado de salud y su vista no era muy buena. Garrity pensaba quedarse con el negocio, pero debió de asustarse por lo que sucedió después y se escondió.

—Y le encontraron.

—Tú lo viste, Neil.

—Me pregunto por qué Kenninger tuvo que elegirme a mí personalmente, en lugar de buscar a otro cualquiera...

—No inspirabas sospechas ni recelos a nadie. Eras un personaje absolutamente neutral.

—Sí, ya lo hemos comentado —admitió él—. Sin embargo, yo no noté nada al despertar...

—Te pondrían alguna pomada anestésica en la espalda. Hoy día, los tatuajes no hacen padecer como antaño. Aparte de que es muy superficial. Es más, yo diría que lo hicieron con una tinta «blanda», lo que, con el tiempo, hará que el dibujo se borre por sí mismo. Antes de un año puede que ya no quede señal en tu espalda.

—Eso me consuela un tanto. Ya pensaba en buscar a alguien que me dejase limpia la espalda... Pero ¿cómo sabes tantas cosas de

tatuajes?

—He consultado a un experto en la materia —respondió Moira.

—Oh... De todos modos, buscar a alguien para que haga un tatuaje... El tatuado puede ignorarlo, como me sucedió a mí; pero el que hace el trabajo...

—El plano está deliberadamente complicado. No es fácil de recordar de memoria. Sólo con una perfecta reproducción se puede llegar al sitio en dónde está ese enorme montón de billetes.

De pronto, Turbolt reparó en un detalle.

—Moira, tú sabes demasiadas cosas —dijo—. ¿De dónde sacas tanta información?

Ella sonrió maliciosamente, a la vez que abrió su bolso. Extrajo una billetera y la desplegó ante los ojos del joven.

Turbolt lanzó un rápido vistazo a la tarjeta de identificación que le enseñaba la muchacha. Una exclamación de sorpresa, brotó inmediatamente de sus labios.

—De modo que perteneces a la compañía como investigador...

—Trabajo en la División de Los Ángeles, pero me enviaron aquí para investigar la firma de una póliza de un hombre que no tenía más de un año de vida: Kenninger.

—Claro, lo asesinaron...

—Tenía un tumor incurable. Un médico infiel firmó un certificado de salud positivo. Pero Kenninger había estado en Los Ángeles a hacerse un chequeo y entonces fue cuando descubrió el tumor. Nosotros nos enteramos más tarde... y me enviaron a investigar. Entonces es cuando me vi mezclada en este jaleo de los dos millones.

—Diablos, nunca supuse que el doctor...

—Y el ejecutivo que te recomendó a Anita Key. Ambos estaban en el ajo, como suele decirse. Por supuesto, llevaremos el asunto con la máxima discreción; a la compañía no le conviene una publicidad adversa.

—De todos modos, Kenninger murió asesinado. Habrá que pagar...

—No, porque los certificados de buena salud tienen fecha muy anterior a la de su muerte. Phyllis Sharbo se quedará sin los ciento cincuenta mil dólares de la póliza concertada. En realidad, Kenninger no tenía demasiado interés en una antigua amante. Lo

que quería era ocultar el paradero de los dos millones.

—Pero alguien debía de ser su destinatario, ¿no?

—Supongo que debe de tratarse de algún familiar, el cual habrá recibido una copia del plano, con la recomendación de dejar pasar algún tiempo, hasta que la cosa se haya enfriado. Kenninger se sabía condenado a muerte y no quería que otros se quedaran con ese dinero.

—Entonces, no hay hermana chantajeada...

—Fue una bonita historia, ¿verdad?

—Me la tragué desde el principio hasta el final. Pero eso significa que también me has estado investigando a mí.

—Oh, vamos, no te enojés. Conoces bien los procedimientos de la compañía. Además, te hemos supuesto siempre absolutamente ajeno a estos trapicheos. Si a ti te dicen los médicos que el presunto asegurado está bien de salud, firmas la póliza y a otra cosa. No vas a dudar de la palabra de un médico, creo.

—Eso se queda para vosotros —contestó él—. Pero me pareces muy joven...

—Tengo otros ayudándome. Lo que sucede es que yo soy la cabeza visible.

—Entiendo. —De pronto, Turbolt lanzó una exclamación—. Ah, creo que ya hemos llegado.

El camino desembocaba súbitamente en una vasta explanada, en donde se divisaban todavía restos de las instalaciones de una mina abandonada hacía muchos años. En alguna parte, pensó Turbolt, había dos millones, producto de la sangre y el dolor ajenos. Y más sangre y más dolor se habían originado por culpa de aquella fabulosa cantidad de dinero.

—Con tal de que no nos suceda lo que a los Deyes... —murmuró Moira.

—¿Una trampa explosiva?

—Sí.

—¿Por qué lo haría Kenninger?

—Eran sus hombres de confianza, los únicos que conocían la gravedad de su dolencia. Aun así, desconocían dónde había guardado el dinero. Sospecho que debieron insistir una y otra vez y que, incluso, amenazaron con denunciar el asunto de la póliza. A Kenninger no debió de agradarle terminar sus días en la cárcel y les

preparó la trampa explosiva.

—Solo no lo hizo.

—Le ayudaron Nash y Murdock. Luego, cuando Kenninger murió asesinado, empezaron a buscar el dinero por su cuenta.

—Lo cual significa que el secreto no estaba tan bien guardado como parecía.

—Era difícil de ocultar. Kenninger formaba parte de una organización criminal y nunca faltan chivatos y espías. Además, en esa clase de gente, y cuando se trata de una suma tan enorme, la lealtad desaparece muy pronto, si es que existió algún día.

Moir se apeó. El viento, que soplaba en las cumbres, agitó su cabellera. Turbolt aspiró complacido el vivificante aire puro de las alturas.

—Bueno, saca la fotografía y empezaremos a buscar —dijo.

Moir abrió su bolso.

—Hay que empezar por la primera torre de ascensores —indicó.

Al lado de la torre había una caseta desvencijada. Cuando se acercaban a ella, surgieron dos personas, ambas armadas con sendas pistolas.

—Les presento a mi amigo Kim Norton —dijo la mujer.

—Ella es Phyllis Sharbo —sonrió Norton.

—La que mató a Kenninger con una bala de oro —dijo Turbolt.

—Me pareció que debía morir con un proyectil que valiese la pena —contestó Phyllis cínicamente.

—Entonces, por eso entró en la casa sin que nadie recelase de usted.

—Exactamente. Además, fui el día en que la servidumbre estaba libre.

—Y los guardaespaldas...

—Les convenía callar.

—Por dos millones.

—Sí.

—Pero usted, ¿sabía entonces...?

—Yo sabía que había una póliza de ciento cincuenta mil dólares —respondió Phyllis—. Luego me enteré del jaleo de los dos millones.

—Sin embargo, en Denver presentó usted una coartada...

—Fue Betty Welles la que se hizo pasar por mí. A los estúpidos

policías que fueron a mi casa no se les ocurrió hacer ninguna comprobación. Vieron a una mujer, que dijo ser Phyllis Sharbo, hablaron con Norton... y se dieron por satisfechos.

—Y Betty se olió que había algo más que ciento cincuenta mil dólares.

—Fue su perdición —dijo Phyllis con glacial acento.

Turbolt se volvió hacia el hombre.

—Usted disparó contra ella —acusó.

—¿Puede probarlo? —respondió Norton.

—Tuvo mala suerte entonces. Sus disparos destrozaron la micro cámara.

—La mala suerte pasada no cuenta —dijo Norton tranquilamente—. Además, era preciso eliminar a todos los competidores.

—Por ejemplo, Goohan y la señora Key.

—¿Quién nos vio disparar contra ellos?

—Nadie, como tampoco les vio nadie torturar a Garrity. Pero si conocían el sitio donde estaba el plano, no valía la pena matar a ese infeliz.

—Queríamos que nos reprodujera el plano, a fin de evitarnos inconvenientes. Pero no lo sabía hacer con absoluta exactitud.

—Y, como les había reconocido, pensaron que muerto ya no hablaría. Phyllis, usted fue la que mató a Garrity con esa pistolita que una vez disparó una bala de oro. ¿Le resultó difícil fundir el proyectil?

Phyllis se echó a reír.

—Un toque de humorismo, en esta vida, nunca viene mal —contestó.

Turbolt meneó la cabeza. No, el secreto del plano tatuado en su espalda no había sido tan bien guardado como parecía. Incluso un vulgar maleante, como Al Paytin, había llegado a saberlo.

—Supongo que esto se ha acabado ya —dijo, procurando mantener la voz firme.

—Lo siento, pero es así —respondió Norton.

Lentamente, alzó la pistola automática calibre 45 y apuntó al pecho de Turbolt. En el mismo instante, se oyó una voz tonante:

—¡Tiren las armas! ¡Ahora mismo!

Turbolt no se lo pensó dos veces y repitió la misma maniobra

que en una ocasión anterior. Moira chilló al sentirse violentamente arrojada al suelo.

Norton se revolvió, furioso, hacia el lugar de donde había partido la voz. Un rifle emitió un poderoso rugido y el proyectil le hizo saltar hacia atrás con indescriptible violencia. Phyllis, aterrada, dio media vuelta e intentó escapar, pero una bala que levantó un chorro de polvo delante de sus pies la detuvo en seco.

—¡Quieta ahí, señora!

Phyllis tiró la pistolita y alzó las manos. Turbolt, atónito, levantó la cabeza y vio a dos hombres que surgían de los árboles que se hallaban en el borde de la explanada.

Uno de ellos sostenía en las manos un potente rifle. El otro caminó hacia Phyllis y le puso las esposas en las muñecas. Luego se acercó al caído.

—Está muerto, Jack —anunció.

El hombre del rifle se acercó sonriendo a la pareja.

—Hola, campeón —saludó alegremente.

Turbolt se sentía estupefacto. Aquellos dos tipos... eran los que había derribado a golpes en un solar...

—Jack Jermyn —se presentó el del rifle—. Mi compañero es Kurt Durway. Agentes del Tesoro —añadió significativamente.

Turbolt se pasó una mano por la cara.

—Entonces, por eso me seguían...

—Seguíamos la pista de dos millones de dólares. Buena parte de ese dinero pertenece al gobierno.

—Ya —suspiró el joven. Empezó a quitarse la chaqueta—. Será cosa de enseñarles el plano...

—Neil, te vas a constipar —dijo Moira—. Les dejaré la fotografía.

—Mil gracias, señorita —sonrió Jermyn. De pronto, señaló hacia el camino—. Si no me equivoco, aquella nube de polvo que viene hacia aquí está provocada por el coche del teniente Harston.

Harston llegó poco después, con un par de agentes uniformados, y se hizo cargo de Phyllis. Mientras, los dos agentes del Tesoro se dedicaban a buscar el botín. Un cuarto de hora más tarde, aparecieron cargados con dos enormes sacos.

—Abajo hay un cadáver —dijo Jermyn—. Es todo lo que queda de Hank Deyes. Debió de seguir a estos dos, pero...

Durway se detuvo delante de la pareja.

—Creo que habrá una recompensa para ustedes —dijo sonriendo—. Les servirá para su luna de miel. —Se acarició la mandíbula—. No me dijeron que usted era todo un campeón —añadió.

—Falta de información, supongo —respondió Turbolt desenvueltamente.

—Sí, eso debió de ocurrir.

Cuando entró en casa, vio que Moira estaba poniendo la ropa dentro de su maleta.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Ya puedes ver. El caso ha terminado y tengo que levantar el campo.

—Te vuelves a Los Ángeles.

—Claro.

—Eso no me gusta, Moira.

—Tú me echaste de casa, recuérdalo.

—Pero luego te quedaste.

—Demasiado conoces los motivos, Neil.

Turbolt dejó a un lado el portafolios.

—Ahora te ordeno que deshagas la maleta —dijo.

—¡Neil!

—Ya lo has oído.

—Pe... pero... tengo que irme a Los Ángeles... Mi puesto está allí. Debo redactar mi informe...

—Lo redactarás aquí.

—No entiendo, Neil.

—He conseguido tu traslado, Moira.

—Oh, no...

Turbolt frunció el ceño.

—Oye, no irás a decirme ahora que te espera alguien en Los Ángeles —exclamó.

—Pues... claro que no, pero...

Turbolt avanzó hacia ella y le puso las manos en los hombros.

—Me parece que ya no voy a ser nunca más un hombre tímido —dijo.

—Bueno, a mí me pareciste... un hombre de las cavernas...

—En todo caso, la culpa fue tuya, recuérdalo.

Moira le miró penetrantemente.

—Soy partidaria de la monogamia —dijo.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Y no habrá nada entre los dos hasta que...

Turbolt se echó a reír, y sacó un papel del bolsillo.

—Aquí está la licencia matrimonial —dijo. Guiñó un ojo—. Esta noche puede haber algo entre nosotros.

Moirá se le arrojó al cuello.

—¡Esta noche y todas las noches! —gritó gozosamente.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

